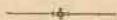


CHAMARASCA



n: 80705
CARLOS GAGINI

Chamarasca



SAN JOSÉ DE COSTA RICA
IMPRESA Y LIBRERÍA ESPAÑOLA

Maria v. de Linares

1898

AL LECTOR

(SI LE HUBIERE)

Chamarasca: Leña menuda, hojas y palillos delgados que levantan mucha llama sin consistencia ni duración (R. Academia).

No calentarse con charramasca: no contentarse con cualquier cosa (*modismo costarricense*)

Escritos en diversas épocas de mi juventud y con la irreflexión y poco gusto de un aprendiz de literato, estos pasatiempos no tienen mérito alguno. «Y entonces—me preguntará el lector—¿por qué los publica usted?»—Porque todo es relativo, como decía don Hermógenes; porque estando aún en pañales nuestra literatura, no es extraño que hagamos pinitos antes de echarnos á andar con

seguro paso; y finalmente, porque—y este *porque* sí que vale—la impresión no me cuesta nada.

Conténtese, pues, nuestro público con humildes ensayos: caliéntese por ahora con *hojarascas* y *chamarascas*, que día vendrá en que darán pábulo al fuego de su espíritu combustibles menos inconsistentes, suministrados por generaciones mejor preparadas que la nuestra para el cultivo del arte literario.

San José de Costa Rica 1.º de enero de 1898.



Lily

VERDADERAMENTE la tal Lily era como un pino de oro: rostro agraciado, cuerpo airoso y esbelto, formas tentadoras, y sobre todo una sonrisa y unos ojos capaces de hacer trastrabillar á un santo, cuanto más á pecadores de sangre efervescente como los que concurríamos al teatro todas las noches para admirar su belleza y aplaudir sus atrevidos ejercicios gimnásticos. Porque Lily, lectores míos, era individua de una compañía de acróbatas, simple volatinera que con el cebo de sus hechizos había sorbido los sesos á la parte masculina del público, granjeándose, por ende, los odios y envidias de la femenina.

Era de ver en las noches de función cómo se disputaban las butacas delanteras, pagándolas á precios exorbitantes, señorones machuchos é imberbes mozalbetes; comerciantes adinerados y empleadillos de tercer orden que pasaban la pena negra para afanar el valor del billete; viejos moceros que fiaban su triunfo al seductor tintineo del oro, y emperejilados petimetres atenidos á su hermosa y amujerada estampa. ¡Tiempo perdido! Lily no hacía maldito caso de aquella caterva de adoradores que colocados en primera fila aplaudían levantando las manos por sobre la cabeza para atraerse la atención de la desdeñosa artista; recibía sonriendo los ramilletes arrojados por ellos á la escena, y luego repartía sus más graciosos saludos entre los espectadores distantes y las señoras de los palcos, cual si se propusiese quitar toda esperanza á sus importunos asediadores y darles unas estupendas y á la par corteses calabazas.

Lily era honrada: tenía padre y dos

hermanos que la guardaban como oro en paño, cortando toda comunicación con el resto de los mortales; mas ¡oh perversa y proclive humanidad! esos mismos obstáculos aguijonearon los deseos de los perseguidores y hasta incitaron á tomar parte en la conquista á muchos que al principio habian mirado con desdén la empresa. Los hombres somos así: volvemos la espalda á lo fácil para acometer lo difícil, despreciamos lo bueno cuando puede lograrse sin quebraderos de cabeza, y nos despepitamos por un imposible que tal vez no vale tres caracoles.

En cuanto á mí, debo hacer constar que por algún tiempo compadecí de veras á los que se habían dejado seducir por aquella sirena; sonrojábame la idea de ponerme en ridículo como los bobalicones de las filas delanteras, y alquilaba siempre una butaca bien distante del escenario, en la que por lo general no tenía vecinos, pues casi todos los espectadores del patio querían estudiar de

cerca á la hechicera muchacha, deslizar miradas lascivas por aquellas deliciosas redondeces, por aquellas formas combadas y rollizas, sin cuidarse para nada de las lindas espectadoras que en los palcos devoraban silenciosamente su rabia y su despecho al verse postergadas á «una triste maromera».

Observé entonces un fenómeno curioso: aquellas orgullosas beldades que en otras circunstancias no se habrían dignado poner los ojos en mi insignificante persona, comenzaron á prodigarme miradas benévolas, sonrisas y aún saludos cariñosos; porque yo era, á lo menos así lo creían, el único que las daba aún la preeminencia sobre «la aventurera,» el último vasallo fiel de la voltaria corte masculina. ¡Oh vanidad, tienes nombre de mujer! Sin embargo, lejos de estimularme tales muestras de simpatía, yo también deserté muy pronto, pasándome al enemigo con armas y bagajes.

La causa de tan vergonzosa mudanza fué una ilusión óptica que tuve cierta

noche: figuréme que Lily al saludar al público había clavado obstinadamente sus ojos en mí, y hasta creí divisar en sus labios una sonrisa. Esas miradas y esa sonrisa bastaron á dar de través con mi formalidad, convirtiéndome de allí adelante en uno de los más fervientes adoradores de Lily.

¡Qué presumidotes somos los hombres! Para mí era evidente que la artista, despechada por mi indiferencia, se había propuesto agregarme á su séquito,—pues sabido es que las mujeres no reparan en sacrificios cuando se trata de conquistar á los hombres que las desdeñan;—desgraciadamente, así que me hube abonado á un asiento delantero, salí del error viendo que mi presencia pasaba del todo inadvertida.

Pero la suerte estaba echada: era menester arrostrar las consecuencias de mi temeridad y disputar la presa á aquella manada de lobos hambrientos, á quienes tenía ya ojeriza.

Contábase entre ellos un antiguo discípulo mio, llamado Juan, buen muchacho de unos veinticinco años, empleado con cuarenta pesos sin ninguna obvención, despejada inteligencia, imaginación viva y no mala figura. Con estas y otras recomendaciones habiase conquistado numerosas amistades entre las personas más conspicuas de nuestra sociedad.

Sorprendióme en extremo verle entre los tenorios desjuiciados que se acomodaban junto á la orquesta,—pues siempre me había merecido la opinión de arreglado y formalote—no menos que la metamorfosis completa que en él se había verificado. No era el mismo decididor jovial, delicia de tertulias y bailes: taciturno, demacrado, parecía haber envejecido diez años.

En balde me empeñé en sonsácarle el motivo de su extraña melancolia, cuando durante los entreactos conversábamos en los pasillos: á mis preguntas respondía con evasivas ó contestaba

invariablemente que no tenía nada.

Noté, empero, en él cierto prurito de rehuir toda conversación que se relacionase con la simpática muchacha que nos traía á todos al retortero, y aun creí advertir en su rostro cierta contracción de angustia cuando sonaba en sus oídos el nombre de la artista.

Indicios eran éstos suficientes para ponerme sobre la pista: de allí adelante observé, aceché, espíe sigilosa y constantemente, y al cabo adquirí la convicción de que mi pobre amigo estaba furiosamente enamorado de Lily. ¡Cuántos esfuerzos me costó arrancarle esta confesión! Todavía me parece que le estoy viendo en su destartalado cuartucho, sentado sobre la cama,—porque yo ocupaba la única silla—con la cara entre las manos, exclamando entre sollozos con acento melodramático: «la amo, sí, la adoro; y si ella no me corresponde me moriré de seguro.»

Empresa morrocotuda fué la de hacer volver en su acuerdo á aquel loco: eché

mano de todos los recursos usuales en parecidos casos, desde las cuchufletas y sangrientos epigramas hasta las suaves admoniciones amistosas: él me escuchaba en silencio, moviendo negativamente la cabeza. Cuando agotados los caudales de mi elocuencia me levanté para marcharme, salió de su mutismo y estrechándome la mano me dijo con voz bronca y resuelta: «se acabó, no volveré al teatro. Gracias.»



Y no volvió. Entretanto se acercaba ya el fin de la temporada y todos los enamorados de Lily andábamos cariacontecidos como colegiales que han recibido en las narices un portazo de la novia. Lily se marchaba sin que ninguno de nosotros pudiera vanagloriarse de haber ablandado aquel corazoncillo de bronce. Los más audaces, desafiando las iras del padre y hermanos de la muchacha, trataron de acercarse á ella po-

niendo en práctica mil tretas bien urdidas: pero los cancerberos que la custodiaban, apenas penetraron sus aviesas intenciones, les enseñaron los dientes echándolos á cajas destempladas. Aquellos seis puños atléticos y aquellas tres carazas mal engestadas habrían inspirado respeto al Cid y á los Doce Pares de Francia.]

Había que perder toda esperanza y resignarse cristianamente. Así lo hicimos muchos con una filosofía digna de Epicteto; no faltó, sin embargo, quien se diese á todos los diablos jurando públicamente que no desistiría de la empresa, así le fuese en ello la vida.

Llegó por fin el día que todos aguardábamos con indecible angustia. Los enormes cartelones fijados con engrudo, en las esquinas anunciaban desde por la mañana la última función de la compañía Broad & Sons: á mediodía se habían vendido ya todas las localidades á precios escandalosos y comprado para la noche todas las flores de los jardines;

por la tarde hicieron su agosto los vendedores de billetes, y los alquiladores de sillas; á las siete, una hora antes de levantarse el telón, el gentío no cabía en los pasillos; y finalmente, cuando la campanilla del director anunció que iba á comenzar el espectáculo, el teatro estaba de bote en bote y la policía se vió en el caso de prohibir la entrada.

Allí estábamos todos: los asiduos pretendientes de la primera fila con la cara compungida y sendos ramilletes en las manos: cohibidos por la emoción casi no se cuidaban de aplaudir, dejando esa tarea al resto del público; las señoritas, más risueñas que de costumbre; yo, á regular distancia del escenario, aparentando indiferencia y echando parrafadas con mis dos *á láteres*; y allá, en el fondo de un palco de segunda fila atestado de alegres muchachas, un rostro lívido, grave, unos ojos desencajados que seguían ávidamente los menores movimientos de la ágil volteadora. Mi estu-

pefacción no tuvo límites al reconocer aquella cara. ¡Era Juan!

Cuando al terminar el segundo acto traté de buscar á mi desgraciado amigo, á quien no habia vuelto á ver desde que le arranqué su secreto, supe que se habia marchado algo indispuerto sin aguardar á que concluyera la función.

..

Al siguiente dia la compañía Broad & Sons salió de San José, acompañada de las cariñosas despedidas que la dirigieron los periódicos y de considerable número de pretendientes calabaceados de la inolvidable Lily. En la estación del ferrocarril hubo adioses ternísimos, pucheros y hasta lágrimas; aun hay quien asegura que la desdeñosa estaba un si es no es conmovida, y su padre y hermanos más condescendientes y afables que de ordinario. No puedo dar fe de estos pormenores porque no los presencié: un fuerte constipado que cogí—ó con más

propiedad me cogió—á la salida del teatro, me retuvo en cama todo el día, lo que no impidió que mentalmente formulase un romántico adiós para aquella muchacha á quien no volvería á ver nunca.

Hago gracia á mis lectores de todas mis fúnebres lamentaciones, porque supongo que no han de importarles gran cosa; pero no debo pasar en silencio lo que me refirieron por la tarde algunos amigos que fueron á verme. Juan, el desventurado Juan, había volado al amanecer; y según informes de su familia se encaminaba al Limón, á fin de embarcarse para Europa donde pensaba residir dos ó tres años.

La noticia era tanto más sorprendente cuanto que el pobre muchacho no poseía bienes de fortuna para emprender tan dispendioso viaje.

«Con todo, pensé yo, más vale que sea así: eso le curará de la ridícula manía, tan general entre nosotros, de enamorarse platónicamente de cuantas mu-

jeros pisan las tablas escénicas ó la arena de los circos.»



Un año después de los anteriores acontecimientos, como dicen los novelistas, aun no se había recibido noticia alguna de Juan: su familia estaba desconsolada, y con razón, pues fueron vanas todas las diligencias hechas para inquirir el paradero de mi amigo, desaparecido como piedra que se hunde en las profundidades del océano.

Por aquel tiempo me ví precisado á hacer un viaje á Guatemala á donde me llamaban asuntos particulares. Como era la primera vez que visitaba la Atenas centroamericana, tuve que sufrir todas las incomodidades inherentes á las excursiones por lugares desconocidos, desde las molestias locales hasta el aburrimiento que produce la falta de amigos á quienes comunicar uno sus impresiones.

Dichosamente al tercer día de mi llegada fué á visitarme un compatriota, el doctor B.... domiciliado hacia varios años en aquella ciudad. El fué desde entonces mi obligado cicerone y me suministró preciosos datos acerca de lugares, edificios y personas. Cediendo á mis postulaciones convino en acompañarme al teatro esa misma noche (verdadero sacrificio para él, pues no iba nunca). Sin saber qué función se representaba, enviamos al criado por los billetes; y á las ocho, bien trajeados y peinados, entrá-bamos en el patio del magnífico teatro de la capital. La concurrencia era numerosa y el rebullicio ensordecedor: allí se había dado cita lo más cogolludo de la sociedad guatemalteca: *ellas*, con trajes escotados, salpicadas de joyas, menos brillantes que sus ojos de andaluzas; *ellos*, enguantados, de rigurosa etiqueta, dirigiendo los gemelos á los palcos y picoteando á medja voz.

El doctor y yo ocupamos dos butacas de la primera fila—las únicas que

pudo hallar el criado--precisamente en el momento en que se alzaba el telón; al mismo tiempo rompió la orquesta en un bullanguero paso doble y en el escueto escenario apareció una mujer vestida de punto color de carne.

No, no era ilusión de mis sentidos: tampoco era un sueño, porque los pellizcos que me di en ambas mejillas y los restregones de ojos me probaron que estaba bien despierto: aquella mujer, aquella gimnasta era Lily, sí señores, Lily en cuerpo y alma, más hechicera y tentadora que nunca. Al punto reconocí la mirada y la sonrisa, sentí la atmósfera de voluptuosidades que la artista formaba en torno suyo y por largo rato permanecí como alelado mientras resonaban por todas partes estruendosos aplausos.

Tan embebecido me hallaba en la contemplación de aquel arquetipo de escultura, que no reparé en la salida del *clown* á la escena, aparición saludada con risas y exclamaciones. Lily tomó una

larga percha y colocándosela verticalmente sobre el hombro derecho invitó al payaso á subir por ella: el grotesco personaje comenzó la ascensión, en tanto que yo no apartaba los ojos del divino semblante de la muchacha, recordando el entusiasmo que un año antes había despertado en mi patria.

Las aclamaciones del público me hicieron levantar los ojos; en el extremo de la vara y casi tocando á las bambalinas, el *clown* se mantenía en posición horizontal, con el vientre apoyado en la aguda punta de la percha, imitando la acción de nadar, con gestos y contorsiones que hacían desternillarse de risa á los espectadores; pero al fijarme en aquella cara pintorreada de blanco y bermeillon, un estremecimiento recorrió todo mi cuerpo, me puse de pie, y sin poder dominarme grité con toda la fuerza de mis pulmones: ¡¡Juan!!

La concurrencia entera se volvió hacia mí asombrada; pero en el mismo instante el *clown* me miró con ojos es-

pantados, hizo un movimiento brusco, perdió el equilibrio y cayó pesadamente sobre el proscenio, haciendo resonar la sala con la fuerza del batacazo.

El barullo fué indescriptible: quién celebraba con carcajadas el lance, atribuyéndolo á chuscada del payaso; quién, viendo que la cosa iba de veras, pedía á voces un médico; mis vecinos me asediaban con reiteradas preguntas; pero yo, asiendo de un brazo á mi amigo B... salí atropelladamente del patio á tiempo que el empresario anunciaba al público que la función se suspendía algunos instantes á causa del incidente.

Un momento después me encontraba instalado á la cabecera de un sofá en el cuarto de uno de los artistas: en el canapé estaba Juan, ya limpio de las inmundicias que le afeaban el rostro y recobrado del desmayo que padeció al caer.

Estábamos solos y nos entregamos sin reserva á las confidencias: allí supe que el viaje á Europa había sido una

treta para despistar á los amigos y parientes. Juan había seguido incansablemente á Lily por espacio de tres meses, rogando, importunando y prometiéndolo, al cabo de los cuales la picaruela muchacha comenzó á ablandarse, y por último concedió su mano con una sola condición.

El desjuiciado Juan la aceptó con los brazos abiertos; y ocho días más tarde firmaba el contrato de matrimonio con la seductora Lily, y otro.... como *eternum* de la compañía Broad & Sons.

1890.



De caza

NADA hay comparable á la belleza del paisaje que en este momento estoy contemplando: á mis pies se desliza silenciosamente el río de la Barranca, formando dilatado remanso en cuya linfa se bañan con deleite bandadas de patos silvestres y garzas morenas, á la sombra de los higuerones y *guanacastes* de las orillas; en la ribera izquierda, enriscados cerros dorados por la luz del sol ostentan en el follaje de sus bosques todos los tonos del verde y todos los colores de que se visten las plantas, flores azules, rojas y gialdas, hojas cenicientas como las del guarumo alternando con las brillantes del *pataste* y las som-

brias y apretadas de los mangos: del seno de esa selva misteriosa salen en confusa algarabía estentóreos aullidos de *congos*, graznidos de loros, chillidos, gorjeos y gritos extraños, y sobre el espeso toldo de verdura resaltan á modo de flores aladas innumerables aves de pintado plumaje entre las cuales se distinguen los guacamayos por sus colores chillones. La orilla derecha, donde se halla mi observatorio, es una playa de arena finísima, cortada á trechos por matorrales, piedras y árboles enormes, y á ella vienen á morir los cacaotales de la hacienda en que estoy hospedado. Para que nada falte á la grandiosidad del cuadro, el océano cierra el panorama por el occidente, uniendo su atronador mugido al himno con que la tierra está saludando á la mañana.

Una hora ha que con la escopeta al hombro y el morral al costado discurro por estos encantados lugares sin atreverme á disparar un tiro por no turbar con una nota mortífera el concierto de

la naturaleza: á dos varas de mi cabeza ejecutan impunemente las ardillas sus arriesgados ejercicios acrobáticos; las palomas picotean en los senderos del bosque andando á pasos menuditos y contoneándose como muchachas coquetas; los tucanes posados en los plátanos dirigen hacia mí su mirada estúpida y su pico descomunal, y miriadas de pajarillos cuyos nombres ignoro saltan confianzudamente en torno mio, mirando con más curiosidad que temor al intruso que invade sus dominios.

Olvidado por completo del fin que aquí me trajo y arrastrado por deseo irresistible de escribir, me arrodajo al pie de un ceibo colosal, extraigo de la cacerina el papel destinado á los tacos y sobre él comienzo á trazar renglones. Una dificultad insuperable detiene á lo mejor mi lápiz: el asunto, el maldito asunto. ¿De que voy á hablar? ¿Describiré el espléndido paisaje que tengo á la vista, digno de dar ocupación á los mejores pinceles del mundo? Líbreme Dios

de caer en semejante tentación: para obra tan magna es menester la potencia descriptiva de un Zolá. ¿Llenaré unos cuantos pliegos relatando á mis lectores las un si es no es divertidas cacerías que he hecho en días pasados? Sobre ser éste un tema ya muy manoseado, yo no tengo ni pizca de gracioso y me pondría á peligro de referir insulseces. Ha rato me escarabajea entre ceja y ceja el pensamiento de emborronar estos retazos de papel con una historia no exenta de interés que me contó anoche un indio octogenario: las circunstancias de ser rigurosamente exacta y de haber pasado en estos mismos sitios me animan á hacerlo. Manos á la obra.

∴

Hace ya muchos años, cuando la emprendedora raza blanca no había aún fijado sus reales en estas tierras, señoreadas entonces por los indios Güetares, en la margen derecha del rio tenía asien-

to el cacicazgo de Turiaca, el más poderoso de cuantos se repartían la feracísima costa del Pacífico. El cacique, ya muy anciano y carcomido por las enfermedades, cifraba todas sus esperanzas en Teribe, su hijo único, joven de veinticinco años, adorado de sus vasallos y adornado de todas las prendas necesarias á un príncipe de su estirpe. La flecha certera de Teribe era la primera que derribaba un enemigo en el combate, la primera que en la caza detenía al venado en su velocísima carrera, la única que en la pesca, lanzada á lo alto, jamás dejó de caer con maravillosa precisión sobre el descuidado pez, rasgándole la argentada escama.

Fuerte como un roble, valiente y arrojado como un león, temido y respetado de los caciques vecinos, Teribe era además por su gallarda presencia y rostro varonil el ángel con quien soñaban las vírgenes turiaqueñas; y no pocas lágrimas vertidas en el silencio de la noche por ojos hermosísimos reconocían por causa las esquivaces del apuesto mance-

bo. El rostro de Teribe, grave é impassible como el de todos los de su raza, no se animaba sino cuando en compañía de sus amigos hablaba de la caza ó de la guerra: insensible á las amorosas miradas femeninas, frío y reservado con sus amigos, sólo amaba á tres personas en el mundo: á su padre, á su prima Sula y á Itli, el compañero inseparable de su infancia y depositario de todos sus secretos. En cuanto á su madre, había muerto cuando él contaba apenas dos años.

Itli era el Patroclo de este Aquiles. Tenía casi la misma edad y gozaba de gran prestigio en la corte, menos por la intimidad con el joven príncipe que por sus relevantes méritos. Siempre juntos corrieron los azares de la guerra, los peligros de la caza y los placeres de las fiestas: jamás dos hermanos se amaron con tan entrañable afecto. Sula, prima de Teribe y huérfana de padre y madre, había sido recogida muy niña por el viejo cacique y educada por él con todos

los miramientos debidos á una hija. Frisaba en los dieciocho años y estaba en todo el esplendor de su hermosura: tez morena y sonrosada, ojos negrísimos y relampagueantes, cabellos sedosos, facciones finas, manos y pies diminutos: cuando sonreía, cosa que acontecía raras veces, brillaban sus dientes aperlados y pequeños como las gotas de rocío que chispean por la mañana en los pétalos de las rosas.

Sula era la prometida de Teribe: así estaba convenido entre éste y su padre, después de recabar el consentimiento de la doncella; pero desde el día en que la boda no fué un secreto para nadie, desde el momento en que se fijó la fecha para celebrar la ceremonia, notóse un cambio inexplicable en los dos novios. Sula pasaba horas enteras encerrada en su habitación ó recorriendo sola y melancólica las plantaciones de cacao y los platanares que circuían el pueblo; y Teribe, acompañado casi siempre de Itli, improvisaba frecuentes cacerías que

eran otros tantos pretextos para alejarse hasta por una semana de la morada de su padre.

La conducta de Teribe se explica por la extraña mutación de Sula; pero ¿qué motivo tenía ésta para evitar la presencia de su prometido y aun la de sus mejores amigas? ¿acaso la boda no era de su agrado y se iba á casar únicamente por obedecer á su padre adoptivo? ¿por ventura el cariño que profesaba á su primo era simplemente amor fraternal que no se trueca en pasión avasalladora? Tales eran las preguntas que el afligido Teribe hacía á su fiel Itli, buscando en vano solución tranquilizadora á tan doloroso problema.



Una mañana en que el sol se había levantado embozado en nubes plomizas, y en que el calor sofocante presagiaba un día tormentoso, se emboscó Teribe en la selva seguido de diez arqueros de

su guardia, deseoso de disipar con las emociones de la caza la intensa melancolía que le abrumaba. Cinco años hacía que amaba frenéticamente á su prima, y aunque no dudaba de ser correspondido, no veía en ella la pasión veheméntísima de la mujer que ama por vez primera. El despego pareció aumentar después de anunciada la boda, sin que Sula en sus coloquios con el joven príncipe manifestase aversión al proyectado enlace, ni dejara escapar una sola palabra que pudiera lastimar al que había sido su hermano é iba á ser su esposo. Vanas fueron cuantas diligencias hiciera Teribe para desentrañar el misterio: sus pesquisas se estrellaron ante la imperturbable serenidad de la doncella y la regularidad de sus acciones. El pobre joven acabó por sospechar que todo provenía del temperamento de su prima ó que su corazón no había despertado aún al verdadero amor: pero ¿quién puede sondear confiado un corazón de mujer?

La inquietud de Teribe hizo apresurar

algunos días la boda; y así, el de que hablamos más arriba era la antevíspera del señalado para la ceremonia.

El príncipe, no teniendo á quien comunicar sus pesares pues Itli no le había acompañado á causa de una indisposición, alejó á sus fieles soldados dándoles licencia para matar algunas reses, y se internó en la espesura, errando por espacio de dos horas, sin armar una sola vez el arco y concretándose á responder con un silbido particular al que de cuando en cuando lanzaban sus servidores para no alejarse demasiado de su persona.

Insensiblemente se habia ido aproximando á las inmediaciones de Turiaca: estaria apenas á una milla de la poblacion cuando de pronto en lo más espeso de un matorral creyó percibir un ruido. Acercóse cautelosamente armando el arco; pero al penetrar en las enredaderas que servían de toldo al bosquecillo, escuchó claramente un rumor que no podia confundirse con ningún otro, el murmullo de una conversacion amo-

rosa, entrecortada de suspiros y sollozos.

Lleno de curiosidad entreabrió Teribe el cortinaje de verdura y escudriñó ávidamente el poético nido de los amantes; pero reprimiendo un grito retrocedió al punto con el rostro densamente pálido como si hubiese recibido un golpe en el pecho: rápido como el rayo arrancó una flecha del carcaj, la puso en el arco, y apuntando con ojos encarnizados por entre el follaje, disparó..... Un ¡ay! desgarrador salió de la espesura, coincidiendo con dos silbidos estridentes dados por el príncipe; y un segundo después apareció al través de los bejucos, como ciervo acosado por los perros, un hombre con el furor y la desesperación pintados en el rostro y llevando una azagaya levantada en ademán de herir. Era Itli. Por el boquete que al salir abrió en la cortina de enredaderas se divisaba un cuerpo sangriento, tendido sobre el césped del bosquecillo. Era una mujer, era Sula: la flecha de Teribe la había partido el corazón.

Cuando el amigo perfidioso se halló frente á frente del amigo engañado que aguardaba cruzado de brazos é inmóvil y frío como una estatua, el arma cayó de su mano y se quedó petrificado, sin articular palabra alguna. Teribe sonreía. Casi al mismo tiempo salieron de la selva por varios puntos los soldados que acudían al llamamiento de su señor.

«¡Atad á ese hombre!» dijo severamente el príncipe: los soldados cumplieron la orden sin encontrar resistencia. Teribe se volvió á los guardias que no habian tomado parte en la prisión de Itli, y les dijo algo en voz baja. Al cabo de algunos minutos durante los cuales nadie despegó los labios, una especie de altar formado de troncos se elevó en el centro del bosquecillo y al lado del cadaver de Sula: á una señal de Teribe clavaron los soldados un madero en la pira y á él ataron sólidamente á Itli. Entonces pasó una cosa espantosa: Teribe cogió en sus brazos el cuerpo de su prometida y lo tendió sobre el montón

de leña á los pies de Itli; tomando luego una tea que un guerrero encendió ludiendo dos ramas secas, la aplicó con mano firme á la pira. Cuando las llamas envolvían el cuerpo inanimado de Itli y el cadáver de Sula, los servidores del príncipe que asistían mudos y horrorizados á la tremenda escena, le vieron impassible, cruzado de brazos, contemplando absorto el chisporroteo de las llamas y murmurando con voz sombría: “¡Traidores, traidores!”



¿Qué fué del desgraciado Teribe? Nadie lo supo nunca. Sus guardias refirieron que después de haber consumado su venganza los envió á todos á Turiaca y se quedó solo en el lugar de la catástrofe. Teribe no volvió á parecer. ¿Se precipitó acaso en el río ó en algún abismo de la montaña? ¿pereció devorado por las fieras? Nadie pudo contestar jamás á esas preguntas.

Desde aquel día fatal ningún cazador volvió á penetrar en la selva donde pasó la horrible tragedia; y desde entonces también, cuando la noche cubre con sus negras alas el dormido bosque, se percibe un débil resplandor en sus misteriosas profundidades y por todos sus ámbitos se escucha una voz ronca y siniestra que grita incesantemente "¡Traidores, traidores!"

1891.



Por un zapato

Fúu..... fúu! ¡Tron..... tron! La pesada máquina se puso en marcha, estirando y encogiendo alternativamente sus remos de acero, al principio con lentitud perezosa, luego con rapidez creciente, llevando á remolque dos carros de mercancías y un coche de primera ó de segunda clase (que esto nunca puede saberse en nuestros benditos ferrocarriles) ocupado por sólo dos viajeros.

Era el tren que sale de San José para Alajuela á las cinco y media de la tarde, y que aquel día, por un desperfecto de la vía férrea, no partió hasta las siete.

Los dos únicos pasajeros que sentados frente á frente en banquetas paralelas

se observaban silenciosos á la luz parpadeante de una lamparilla casi sin aceite, eran un hombre cincuentón y una mujer de treinta, con traje basto y algo raído el uno, la otra charramente vestida, llena de miriñaques y cintajos.

Ambos se habian saludado ceremoniosamente al entrar en el vagón. El, con visibles deseos de entablar palique, había dirigido algunas galanterias fiambrés, acogidas con displicencia por su vecina. La cual parecía en extremo contrariada, acaso porque esperaba un *vis á vis* menos arcaico, acaso..... pero no formemos juicios temerarios.

El silencio era embarazoso. El viajero, después de varias tentativas infructuosas para destrabar la lengua de la joven, manifestó su fastidio con un par de bostezos, se acomodó en un rincón del coche y entornó los ojos. Dormía ya profundamente al pasar el tren por la estación de Santo Domingo.

Cuando sus ronquidos dieron testimo-

nio elocuente de que el sueño no era simulado, irguióse vivamente la señora, tosió, hizo ruido con los pies, y ya convencida de que el vejestorio no la espía, levantó la pierna izquierda, se quitó trabajosamente el ajustado zapato, se frotó el pie dolorido, practicó igual operación con el otro, y lanzando un suspiro de satisfacción se recostó en el respaldo del asiento, á riesgo de apabullar la monumental capota que se elevaba sobre su cabeza como una pirámide en la loma de un cerro.

A poco no se oyó en el vagón otro ruido que un desapacible dúo de ronquidos, en falsete los unos, graves, profundos y cadenciosos los otros.



Mientras los dos viajeros se hallan entregados á las delicias de Morfeo, vamos á presentarlos á nuestros lectores con el ceremonial de costumbre.

Don Gumersindo Buenafé, bonísima

persona, hombre de la mejor pasta del mundo, medianamente rico y más que medianamente gordo, domiciliado en Río Segundo, agricultor, casado con el mismísimo demonio, que no otra cosa era su mujer, la más díscola, pendenciera y celosa que Dios haya echado nunca al mundo. Don Gumersindo almorzaba vinagre, comía hieles y cenaba acibar sin decir chus ni mus, pues sabía por experiencia que el mejor pararrayos contra las tormentas domésticas era dar la callada por respuesta á las agresiones y arrechuchos de su *cara* (así decía él) mitad. Mas como la afición á lo vedado aumenta con el rigor de la prohibición, la tiranía conyugal engendró en don Gumersindo ciertos asomos de galanteo trasnochado, reducidos á piropear á cuantas muchachas y aun jamonas encontraba, mirarlas con ojos de carnero degollado, suspirar..... y nada más, porque el buen señor era inofensivo é incapaz de faltarle á nadie.

Doña Juanita Pérez de Kummer, la

señora que duerme enfrente de don Gu-
mersindo, es oriunda de San José; pero
hace un mes que se casó con un comer-
ciante alemán y vive en Alajuela, donde
se halla establecido su esposo. Con sus
puntas de bonita y sus ribetes de coque-
ta, Juanita pasó los mejores años juve-
niles dando cuerda á los galancetes que
la cortejaban; hasta que acercándose á
los treinta agostos y viendo alejarse poco
á poco á sus adoradores como pájaros
que huyen de un árbol ya sin fruta,
pensó formalmente en el matrimonio y
acotó con el alemán, como naufrago que
se ase de un palo erizado de clavos.

Y un palo erizado de clavos era efec-
tivamente el bávaro don Otto von Kum-
mer, á quien podría retratarse con sólo
añadir una *r* á la primera sílaba de su
nombre gentilicio. Tosco, babazorro,
atrabiliario y viejo, con su iracundia
ingénita todo lo arramblaba, y así caía
sobre sus infelices y escasos parroquia-
nos, como se desfogaba en sus depen-
dientes y aun en su mujer, no obstante

el amor salvaje que la profesaba y lo reciente de sus bodas.

Por contera y remate de tan recomendables prendas, era celoso, no á la manera de la esposa de don Gumersindo, sino celoso del género trágico.

Al día siguiente de su enlace había dicho solemnemente á su costilla:

--“*Mirra, Cuanta te quiero mucho ¡ya!* puedes ir y venir sola por todas partes; *perro* ¡cuidado de engañarme! pues entonces *¡ya!* con mi *revolver* te mataba *¡ya!*”

Con lo que dicho se está que la atribulada Juanita pasaba las del algodón y andaba la barba sobre el hombro, temerosa de incurrir aun en una sombra de desliz, pues su marido era capaz de cualquiera barbaridad. ¡Vaya si lo era!

∴

Con la socollada que dió el tren al detenerse en la oscura y desierta estación de Heredia, despertóse á medias don Gumersindo; y advirtiéndolo que su dor-

mida compañera se había descalzado, ora por imitarla, ora porque realmente le incomodasen los gruesos zapatos de becerro, se los quitó dejándolos sin ruido al lado de los de la señora, y concilió á renglón seguido su sabroso sueño; mientras el tren se ponía otra vez en marcha sin recoger ningún pasajero allí ni en la vecina estación de San Joaquín.

“¡Río Segundo! dos minutos!”—gritó el conductor del convoy, asomándose á la portezuela.

Juanita entreabrió los ojos y tornó á cerrarlos en seguida. Don Gumersindo, adormilado todavía, se enderezó como un resorte, buscó á tientas los zapatos, se los calzó con gran dificultad, y cogiendo su maleta bajó al andén.

Dar un paso y sentir un dolor agudísimo en el pie izquierdo fue todo uno; afortunadamente un criado le aguardaba en la estación con un caballo de la brida,

y un momento después llegaba don Gumersindo á su casa, á cuya puerta estaba su mujer hecha un veneno.

El pobre hombre tartamudeó algunas excusas para disculpar su tardanza, como un escolar cogido en flagrante; pero á las primeras palabras le interrumpió su mujer, con un torrente de improperios y denuestos.

—¡Sí, á mí con ésas! ¿crees que soy alguna tonta para dejarme engañar, embustero? ¡Que el tren salió tarde! buena tarde pasarías tú con alguna pindonga callejera! Pillo!

—Pero mujer.....

—Te quedaste en Heredia y te viniste á caballo ó á pie con alguna buena pieza ¿verdad?

Don Gumersindo recibía el aguacero con cristiana resignación mientras se bajaba del caballo; pero al andar en tierra se renovaron los dolores del pie izquierdo, y el señor Buenafé entró cojeando en la sala, seguido de su mujer que no cesaba de injuriarle.

—Por Dios, Perfecta, tráeme el sacabotas, dijo al fin con voz desfallecida, dejándose caer en una silla.

Perfecta obedeció refunfuñando, aunque ya más apaciguada por virtud de ciertos envoltorios y cajitas que acababa de vislumbrar en la entreabierta maleta, y que eran á no dudarlo otros tantos regalos de su obsequioso marido.

Don Gumersindo pone el tacón derecho en la horquilla del sacabotas.

—¡Qué torcida traes la corbata!

—El viento, mujer.

Don Gumersindo se saca la botina derecha.

—¿Y también el viento te abolló el sombrero?

—Fué que me dormí en el tren.

Don Gumersindo al decir esto mirando tiernamente á su esposa, se descalza á duras penas el pie izquierdo entre ayes y pujidos; pero en aquel mismo instante, Perfecta, que sigue con los ojos todas las evoluciones de su marido, lanza un grito, se inclina, se yergue rápidamente,

y dando alaridos espantosos y cubriéndose la cara con el pañuelo, muestra en la otra mano un objeto.....

A las lamentaciones de la mujer únense los aullidos del falderillo asustado, y en medio de aquella infernal batahola, don Gumersindo, espeluznado y yerto, con trasudores y congojas mortales, sonriendo maquinalmente como un idiota, se queda petrificado y con los ojos fijos, quiere hablar y se le atasca la voz en la garganta, siente luego que todo da vueltas en derredor, y el pobre hombre, lanzando un gruñido ahogado, se desploma sin sentido sobre la silla.

El objeto que Perfecta tenía en la mano, la ocasión de aquella tremenda catástrofe era..... un zapato de mujer.



Al silbido estridente que dió la locomotora al arribar á la estación de Alajuela, despertó Juanita toda azorada, calzóse de prisa los zapatos y se dispuso

á descender al andén, donde de fijo la aguardaba su esposo. Apenas avanzó algunos pasos experimentó una sensación extraña: parecióle que tenía una pierna más corta y pesada que la otra, y renqueaba sin poder remediarlo.

—«Me he entumido con el frío», pensó cuando abría la portezuela del vagón; mas al poner el pie en el estribo, al tiempo que un empleado la alumbraba con una linterna, bajó naturalmente la vista para no dar un mal paso, y entonces ¿quién podría pintar su asombro, su espanto, al ver al lado de su pie derecho calzado con elegante botina de charol, con tacón alto y aguzado, su pie izquierdo metido en horrible y grueso zapato de becerro, deformado por la presión de un pie masculino, nudoso y ancho?

—*¡Juanita, Juanita!*—gritaba el señor Kummer desde la sala de espera; pero Juanita tenía más ganas de llorar que de responder. Casi haciendo pucheros se dirigió al encuentro de su marido, el cual previo extenso y molesto interroga-

torio hecho con visible mal humor, la dió el brazo y se encaminó con ella á su casa.

Como el reo á quien conducen ante los tribunales, iba Juanita cavilando sobre la manera de salir del apuro. ¿Explicaría á su esposo el inocente trueque verificado en el tren, tal como ella suponía que había sucedido? Fuera de que no sería creída, esa explicación requería una serenidad que la infeliz estaba muy lejos de poseer.

Lo mejor era, una vez llegada á su casa, mudar de calzado á la chiticallando y arrojar aquel inmundo y funesto zapato al basurero.

Pero la suerte dispuso las cosas de muy diverso modo. No bien hubieron entrado en la sala, el señor Kummer cerró con llave todas las puertas, se quitó el sombrero y la levita sustituyéndolos respectivamente con un gorro griego y una bata de seda, descolgó de un clavo una enorme pipa alemana, la encendió, hizo sentarse á su atribulada esposa en

un sillón, y él, de pie, calándose las gafas se preparaba á hablar, cuando..... ¡oh fatalidad! de improviso fija la vista en el suelo, y el feroz alemán se queda inmóvil con ojos y boca desmesuradamente abiertos, la pipa levantada en alto como un estandarte y la mano dirigida hacia el maldito zapato que asomaba desvergonzadamente por debajo de la corta falda de Juanita.

∴

En un tris estuvo el que en aquella noche aciaga no se rompieran definitivamente dos matrimonios: el de don Gumersindo y Perfecta, porque ésta pedía á gritos el divorcio, amenazando á su aturrullado marido con marcharse al instante de su casa; el de don Otto von Kummer y Juanita, porque aquél estuvo á punto de divorciarse sin recurrir á las vías legales, propinando á su mujer una dosis de plomo con su *riodloer*. Por fortuna las reiteradas súplicas de las víctimas

aplacaron un tanto á los verdugos, y la ejecución de las terribles amenazas se aplazó por un día, á fin de que los acusados pudiesen probar su inocencia.

∴

A la mañana siguiente, el conductor del tren de marras se paseaba por el andén de la estación de Alajuela cuando vio acercarse por distintos caminos dos parejas: la que venía de la ciudad la componían el señor Kummer y su esposa; la que se aproximaba por la vía férrea, don Gumersindo y su cara mitad. Los maridos llevaban debajo del brazo sendos envoltorios. Apenas la distancia les permitió reconocerse, oyéronse simultáneamente dos exclamaciones: los dos matrimonios cuchichearon entonces, y en seguida se reunieron en un solo grupo en el que se discutió con viveza largo rato, hasta que separándose el señor Kummer llamó por señas al conductor y conferenció con él aparte. A


continuación hizo lo mismo Perfecta, y terminado el coloquio penetraron los cuatro alegres como unas pascuas en la sala de espera, á la sazón completamente desierta. Desenvolviéronse los paquetes, trocáronse los zapatos que iban dentro y que habían sido causa inocente de tan trágicos sucesos, y las dos parejas sellaron la paz con un estrecho abrazo y un ósculo sonoro.

Es fama que don Gumersindo y Juanita no han vuelto á descalzarse nunca en el tren, tanto por temor de otro *quid pro quo*, como porque ahora viajan siempre acompañados de sus respectivos consortes.

1891.



El guardapelo

 El baile estaba en su apogeo. Sobre el entarimado cubierto de lona se deslizaban centenares de parejas al compás de un vals arrebatador, con la serenidad y elegancia de los cisnes que escarcean en apacible lago. Todos los pechos estaban palpitantes, todas las mejillas encendidas, todos los ojos resplandecientes de placer; sólo en el hueco de una puerta un joven alto y simpático seguía con mirada indiferente los vertiginosos giros de la danza, haciendo un gesto extraño, mezcla indefinible de impaciencia y de fastidio. De cuando en cuando alguna señorita le saludaba al pasar con amistosa sonrisa ó un caballe-

ro le dirigía la palabra: él respondía cortés y brevemente, y continuaba mirando el desfile de la abigarrada muchedumbre, cuyos cabrilleos semejaban las infinitas y vistosas combinaciones de un calidoscopio.

Sin embargo, cualquier desocupado habría podido advertir en aquel rostro de hielo una sacudida nerviosa cada vez que á la puerta se aproximaba una de las más bizarras parejas, y aun ciertas miradas de inteligencia cambiadas con la rapidez del relámpago entre el impassible espectador y la joven valsadora.

Era ésta una de esas mujeres que pueden calificarse de peligrosas: de cuerpo bien modelado, hermosura deslumbradora y altivo porte, reunía á tantos atractivos una coquetería casi infantil, de irresistible poder y embriagadora seducción. Sus ojos orlados de largas pestañas, fulguraban como dos diamantes negros heridos por el sol; la nariz de corte picaresco y atrevido, los labios algo gruesos y la barba dividida por deli-

cioso hoyuelo daban á su fisonomía expresiva malicia; y su risa franca y la gallardía de sus ademanes y movimientos denunciaban á una de esas reinas de salón, acostumbradas á las conquistas y hastiadas de uncir nuevos esclavos á su carro triunfal.

Fuese premeditación ó casualidad, al terminar el vals ocupó nuestra heroína un sillón cercano á la puerta donde permanecía todavía inmóvil el personaje que con tanta insistencia la habia estado mirando. Ancho corro de galanes se formó en torno de la beldad, disputándose el favor de una palabra ó el tesoro de una sonrisa; pero á poco el caballero de la puerta se acercó pausadamente, y abriéndose paso entre los cortejantes presentó el brazo á la dama. Ella se levantó entonces cual si fuese cosa convenida de antemano, y ambos atravesaron por la sala en medio de los murmullos y secreteos de los que notaron la salida de la gentil pareja.

Por fin estaban solos, frente á frente, en uno de los gabinetes de descanso contiguos á la sala. Por la rendija de las dos pesadas colgaduras de terciopelo granate penetraba el inmenso murmullo de la concurrencia, como el continuo y sordo rumor de un mar invisible. Se respiraba un ambiente tibio y saturado de emanaciones voluptuosas.

Ella, con el codo apoyado en la consola, le miraba con aire burlón y risueño; él, serio, sombrío, jugueteaba maquinalmente con el abanico abandonado sobre el mármol.

—Angelina, dijo él después de embarazoso silencio: dentro de un rato me retiraré del baile, pero antes quiero cumplir la promesa que hice á usted esta mañana.

—Puede usted comenzar cuando guste, Camilo,—replicó ella mordiéndose los labios como para contener la risa, pero disimulando mal la turbación que la embargaba: no parece sino que va usted á hacerme una declaración amorosa.

—No se equivoca Ud: es la declaración que Ud. esperaba hace mucho tiempo.

—¡Camilo!

—Veo que la lastima mi ruda franqueza y le pido mil perdones, pero no retiro mis palabras. Ud., acostumbrada á ver rendidos á sus pies los galanes más rebeldes, cansada de responder á infinitas declaraciones amorosas; Ud. que leía en mis ojos la pasión que me estaba consumiendo, se sentia ofendida por mi silencio y ha debido preguntarse muchas veces con despecho: «¿cuándo caerá éste?» Pues bien, yo, más orgulloso todavía que Ud., me había jurado no proporcionar nunca esa satisfacción á su vanidad de mujer; he luchado mucho y..... ya lo ve Ud., he salido vencido y vengo á arrastrarme á sus pies como los demás. ¿Está Ud. satisfecha?

Angelina se había puesto seria. Otra pareja penetró en el gabinete, obligando á Camilo á bajar más la voz.

—Ud. no ignora que dentro de quince días me uniré en matrimonio con una

señorita hermosa, sencilla y buena, que me adora como á un dios, sin sospechar la bajeza y falsedad del hombre á quien va á dar su mano. Sí, fué una infamia. Cuando en presencia de sus honrados padres prometí llamarla mi esposa, cuando después á solas la juré amarla eternamente, un rayo del cielo debiera haber castigado mi perjura lengua.....

—Pero si Ud. no la quiere, ¿por qué se va á casar? no sería mejor romper con ella?

—Porque es demasiado tarde para retroceder y sería vil, inicuo, matar ilusiones que yo propio hice brotar en una alma candorosa; porque romper el compromiso es asesinar á una pobre niña por el crimen de amarme mucho; mientras que casándome con ella labro mi desdicha, es cierto, pero ella será feliz y yo haré lo posible por no disipar su ensueño. Antes de conocerla á Ud., Angelina, soñaba yo con las delicias de un hogar tranquilo, presidido por una mujer virtuosa, sencilla, casera en una pa-

labra; entonces fué cuando encontré á Luisa y me dije: «esa es la mujer que busco». La hablé, frecuenté su trato y llegué á forjarme la ilusión de amarla: ¡fatal ilusión que ha dado origen á una cadena de mentiras sinceras! Ud. me arrancó la venda de los ojos, haciéndome comprender la insipidez de amores tan..... burgueses. Entonces pensé que una alma como la mía necesitaba otra apasionada y fogosa, capaz de cualquier sacrificio, llena de grandeza y de poesía, y me avergoncé de contentarme con un amor vulgar, con ese cariño apacible que en el matrimonio se transforma en simple deber.....

En aquel instante se oyeron los acordes de la orquesta que preludiaba una mazurka; la otra pareja que estaba en el gabinete se marchó al punto; pero Camilo y Angelina no se movieron y él prosiguió con viva emoción:

—Ud. es la única mujer que puede hacerme dichoso: por Ud, sólo por Ud. estoy dispuesto á sacrificar mi honor,

mi vida, mi conciencia; dígame que me ama, que se casará conmigo, y rompo al punto con Luisa aunque tenga que marcharme para siempre de Costa Rica.»

Algunos caballeros entreabrían de cuando en cuando las colgaduras, buscando sin duda á sus respectivas parejas, y sonreían maliciosamente al mirar á los dos jóvenes; pero ellos no parecían advertirlo siquiera.

—Voy á corresponder á su franqueza con otra mayor, dijo al fin Angelina, visiblemente conmovida: Ud., Camilo, no me es indiferente ¿á que negarlo? pero tampoco le amo: las mujeres como yo no pueden amar. Huérfana desde muy niña, criada por parientes vanidosos y ricos en una atmósfera de frivolidad y escepticismo, educada para brillar en el mundo y viviendo de continuo en una sociedad tan elegante como corrompida; yo, que me he mofado de santos afectos y jugado con el amor de los hombres; yo, que miro en el matrimonio únicamente el fin de una libertad

agradable; yo..... no me casaré nunca.

El joven dobló la cabeza sobre el pecho, abrumado por el tono firme y terminante con que estas últimas palabras fueron pronunciadas; ella, dulcificándose un tanto, prosiguió con voz temblorosa:

—Pero aunque yo cambiara de modo de pensar, aunque le amara á Ud. apasionadamente, jamás aceptaría su mano á trueque de la infelicidad de una niña inocente y la deshonra del hombre á quien amo. Cásese Ud. con Luisa, lo digo con sinceridad: estoy persuadida de que será modelo de esposas. Yo he nacido para vivir en los salones, para aturdirme en las fiestas, para ser la estatua fría y sin corazón á cuyos pies se quema incienso vanamente. Ud. merece mucho más, yo no podré hacerle dichoso: olvídeme, efectúe su matrimonio, váyase de Costa Rica...

—¿Esa es su última palabra, Angelina?—articuló Camilo con el rostro livido y levantándose bruscamente.

—Si—contestó ella densamente pálida, aunque con voz firme, poniéndose también de pie; pero al ejecutar el movimiento se desprendió de su cuello un guardapelo de oro que representaba un corazón incrustado de rubies. Recogiólo Camilo; mas cuando fué á devolverlo le miró ella de tan expresiva manera, sin hacer ademán de recibir la joya, que él no insistió; y guardando el medallón y dando el brazo á la beldad, murmuró á su oído mientras la oprimía la mano rápidamente:

—Gracias: lo conservaré toda mi vida.

∴

Dos semanas después se verificaron las bodas de Camilo y Luisa. No fueron aparatosas ni espléndidas como correspondía á la fortuna y elevada posición de los desposados. Casarónse un domingo y partieron al día siguiente para Europa, donde proyectaban permanecer uno ó dos años. Todos envidiaban la

felicidad de la enamorada pareja, augurándole eterna luna de miel: sólo una mujer veía el fondo tenebroso de aquel paraíso y sabía el infierno que llevaba en el alma uno de los dos viajeros.

∴

Una noche en que se daba un gran baile de suscripción en el hotel de Benedictis, y en que Angelina, como de costumbre, era objeto de abrumadores obsequios, advertiase en su rostro una melancolía inusitada.

—Pero qué tiene Ud. esta noche, Angelina?—la decía el general X... viejo mujeriego, atusándose los bigotes y dirigiendo miradas sensuales á los desnudos y provocativos hombros de la bella. Está Ud. así... no sé cómo...

Ella contestaba sonriendo que no tenía nada, cuestión de nervios, y que era una tontería empeñarse en que algo le pasaba; pero la verdad es que se hallaba triste sin saber por qué, y la animación

creciente del baile parecía nublar más y más su frente de reina.

En un momento en que la casualidad la llevó á un asiento cercano á la señorita Ramírez—una de sus intimas amigas—ésta, pasados los saludos y trivialidades de estilo, la dijo con el tono más natural del mundo:

—Supongo que sabrás ya lo de Camilo Aranda, aquel muchacho que hace ocho ó diez meses se casó con Luisa Velasco y que según malas lenguas estuvo enamorado de ti.

Indescriptible fué el efecto producido por estas sencillas é inintencionadas palabras: Angelina palideció primero, luego se puso colorada, sin poder articular una sílaba.

—¿Conque ya lo sabías?—prosiguió la señorita Ramírez al notar la alteración de su amiga. ¿Verdad que es horrible?

—¿Qué quieres decir? logró al fin balbucear Angelina: no comprendo á qué te refieres...

—¡Hija, si lo sabe ya medio San José!

Yo leí la noticia en el *Correo de la Tarde*, cuando comenzaba á vestirme para el baile. Parece que Camilo y Luisa, después de viajar algunos meses por Europa, habían fijado su residencia en Cádiz. Según decires, hacía algún tiempo que no se llevaban bien, probablemente porque tu antiguo novio se enredó con alguna... de poco más ó menos. Es decir, esto no pasa de ser una conjetura sacada de lo que ahora voy á contarte. Una tarde en que Camilo estaba solo en su cuarto y Luisa había salido, los criados de la fonda oyeron una detonación: cuando acudieron encontraron á Camilo caído sobre su escritorio y con la cabeza destrozada de un balazo. En la mano izquierda, cerrada fuertemente, tenía un guardapelo, un corazón de oro incrustado de rubíes, con un diminuto retrato de mujer. El periódico trae todos estos detalles ¿qué te parece?

Angelina no contestó: con la cabeza inclinada y el pecho palpitante, no echó de ver que empezaba otra contradanza,

hasta que un caballero se acercó á recordarle la pieza comprometida.

Entonces aquella mujer que tantas veces había jugado con el amor, aquella reina altiva acostumbrada á uncir cada día nuevos esclavos á su carro triunfal, aquella estatua de carne inmovible y despiadada, se levantó maquinalmente para salir á bailar; pero una lágrima de fuego se deslizó lentamente por su mejilla aterciopelada.

Y cuando silenciosa y triste se confundió la joven en el torbellino de alegres parejas, aquella lágrima que temblaba aún en su faz demudada, brillaba con las luces del salón como diamante purísimo caído casualmente sobre la pálida corola de una azucena.*

1891.



Baño trágico

AQUEL día hacía un calor de todos los diablos, como si el sol y los fuegos interiores del planeta se hubiesen puesto de acuerdo para asarnos vivos.

San José era un chicharrero: en las calles se veía apenas uno que otro transeunte congestionado y sudoroso; las mulas de los carros estacionados en las esquinas agachaban las enormes orejas para hacer sombra á las resecaas fauces, y los individuos de la raza perruna circulaban jadeantes por las aceras, con un trotecillo cochineró, sacando un palmo de lengua sonrosada y sutil como una rebanada de jamón fresquísimo.

Nadie, sin embargo, se resentía tanto

de los rigores de la temperatura como don Serafín Delgado, el hombre más grueso de cuantos habitan entre los ríos de Torres y María Aguilar. Figúrense ustedes una pipa jerezana puesta sobre dos trozos de columna egipcia y protegida en toda su periferia por una capa de grasa de un pie de espesor, y tendrán ustedes la *vera effigies* de don Serafín. Por lo demás, excelente persona de cortedad suma é incapaz de matar un mosquito: de suerte que si su apellido resultaba comica antífrasis, el nombre de pila le venía como de encargo.

Era el señor Delgado tendero de ultramarinos, célibe empedernido, cincuentón, con un capitalillo bien saneado y un barniz de cultura general. Sabía al dedillo la historia romana y no desechaba ripio para lucir sus conocimientos, refiriendo á sus parroquianos á propósito de un cuartillo de garbanzos, por ejemplo, la vida de Cicerón, las aventuras de César ó las desventuras de Pompeyo.

¡Uff! y cómo sudaba y resoplaba el buen señor el día de que hablamos! En cuerpo de camisa y despechugado se paseaba detrás del mostrador, abanicándose con una hoja de papel de estraza, con más gana de cerrar la tienda é ir á zambullirse en un río, que de estarse allí á brazo cruzado en espera de compradores que no llegaban.

La tentación fué venciéndole poco á poco: y como de improvisto recordara que en el *Gran Hotel*, á dos pasos de la tienda, habla excelentes baños, sin vacilar embutióse en la levita, caló el chapeo, echó la llave, y un minuto después se hallaba en el portal de la fonda picoteando con el conserje:

El cual era francés y cojeaba del mismo pie que nuestro héroe en cuanto á esgrimir la sin hueso y charlotear con cualquiera, fuese ó no conocido. ¡Menu-do diálogo se armó allí entonces! Comenzó por el tema obligado del calor: habló largamente el portero sobre la necesidad de establecer baños públicos

y sobre la comodidad y aseo de los que en el Hotel había; interrumpiéndole don Serafín con doctísima disertación acerca de los efectos fisiológicos que el calor produce en el hombre, y pasando luego á los psicológicos, atribuyó al infeliz agente físico las más perniciosas influencias y los crímenes más abominables.

—Créame usted, amigo mío, (dijo al concluir): en un día como éste se despiertan los instintos brutales, se vuelve uno más agresivo y se siente más propenso al suicidio ó al asesinato. Por eso los romanos se quitaban la vida casi siempre en el estío. ¿Sabe usted cómo? Pues se encerraban en el *balnearium* en compañía de los amigos íntimos, se sumergían en agua tibia, se abrían las venas y aguardaban la muerte conversando tranquilamente con sus allegados. ¡Oh, aquél era un pueblo admirable hasta para matarse!

Sabe Dios cuando hubiera terminado el palique si el bochorno siempre cre-

ciente no hubiese recordado á don Serafin el objeto de su visita.

El conserje, aunque algo preocupado por la exaltación con que el buen señor había hablado del suicidio, le condujo á un cuartito del piso bajo, proveyóle de los adminículos indispensables—jabón cepillos, toallas y navajas de afeitar—y se retiró luego á su covacha en tanto que don Serafin se desnudaba á toda prisa, examinando la habitación con ojos distraídos.

Era ésta reducidísima, con puerta de cerradura automática, y hacia la calle una sola ventana sin hojas de madera, con vidrios deslustrados, encajada tan perfectamente en el marco, que no dejaba el menor resquicio por donde pudieran colarse el aire ó la mirada indiscreta de los chiquillos callejeros.

Cuando el tendero de ultramarinos se arrellanó en la bañera, empuñando con la diestra el grifo del agua fría y con la siniestra una pella de jabón, no se habría trocado por ninguno de

los Césares á quienes tanto admiraba.

Trabajillo le costó dar vuelta á la llave; pero una vez conseguido, un grueso chorro, un verdadero arroyo de líquido refrigerante se precipitó borbollando sobre la monumental barriga, se deslizó por aquellos muslos de cariátide y fué á depositarse en el fondo de la tina, llenándola con extraordinaria rapidez y produciendo estremecimientos voluptuosos en aquel corpachón de toro desollado.

Comenzaron entonces las friegas con jabón, los chapuzones y pataleos, hasta que llena por completo la bañera, recordó nuestro amigo que era tiempo de cerrar la llave. ¡Que si quieres! El grifo parecía hecho de una sola pieza y resistió tenazmente al forcejeo de don Serafín, mientras el agua desbordada de la tina iba cayendo en varias cascadas sobre la alfombra. Encolerizóse el tendero, se levantó y empuñó con ambas manazas la rebelde llave, sacudiéndola como si quisiera arrancarla del tubo; pero

fuese que el aparato estuviese descompuesto, fuese que la manija de cobre se hubiera puesto resbaladiza con el jabón, lo cierto es que las tentativas de don Serafín resultaron infructuosas.

Sudaba el buen señor la gota gorda cuando se echó fuera de la tina para desplegar con eficacia sus fuerzas: su enorme torso se combaba dibujando curvas inverosímiles; los músculos de los brazos resaltaban como las arrugas de un tronco secular, y el cerviguillo amoratado revelaba el vigor titánico del esfuerzo.

Tan empeñado en su tarea se hallaba y tan fuera de sí, que no advirtió que el agua le pasaba ya de las rodillas y alcanzaba el borde inferior de la vidriera. Al cabo sucedió lo que naturalmente tenía que suceder: en una de las sacudidas ¡crac! se quebró el grifo y don Serafín cayó de espaldas. Entonces fué cuando sobrecogido de espanto echó de ver que el agua le llegaba á la cintura y que el quartito era un estanque donde flotaban;

como patos perezosos, el hongo, el bastón, las toallas y cepillos.

Su primer impulso fué correr, mejor dicho, nadar hacia la puerta; pero la inundación había cubierto ya la cerradura y en vano se esforzó el atribulado señor por averiguar á tientas, bajo el agua, el secreto de aquel maldito mecanismo automático. Intentó entonces romper la cerradura; pero aunque lo hubiese conseguido ¿cómo vencer la poderosa presión de las capas líquidas que empujaban hacia afuera una puerta que se abría hacia adentro?

Ni siquiera se le ocurrió—tan aturullado estaba—pedir socorro al portero. De improviso una idea salvadora cruzó por su cerebro: ¡la ventana! (El agua seguía subiendo, subiendo, y ganaba ya los vidrios más altos sin romper por ninguna parte á causa del perfecto ajustamiento del marco).

Acezosos, con los carrillos inflados como pintan á Eolo, y el espanto reflejado en los ojos, nadó en aquella dirección don

Serafin; mas al llegar le detuvo un pensamiento terrible que estuvo á pique de ahogarle, haciéndole tragar una respetable cantidad de liquido. ¡La ventana daba á la calle del Comercio, la más concurrida de la ciudad, y no era posible salir en el mismo traje en que Venus surgió de las ondas!

En aquel instante resonaron en la puerta golpes y gritos; mas ¿cómo había de contestar el infeliz casi asfixiado por el sorbo?

Era que el conserje habia por fin notado un surtidor que salia por el umbral del baño, encharcando todo el corredor, y habia juzgado prudente llamar la atención del inquilino.

¡Oh sorpresa! nadie contestó á sus gritos.

Entonces recordó con el pelo erizado la conversación acerca del suicidio y la exaltación del caballero; pensó en las navajas de afeitar imprudentemente dejadas en el cuarto; y no dudando ya de que el señor gordinflón se había quitado

la vida á la romana, echó á correr, como alma que lleva el diablo, en busca de los agentes de policia.

Mientras tanto era á cada segundo más angustiosa la situación de nuestro héroe: el agua había pasado del dintel de la puerta y tapado todas las hendeduras por donde pudiese entrar aire respirable: gritaba don Serafín aunque sin fuerza, por tener agotadas las suyas, y nadaba en torno de la habitación pensando que ningún personaje de la historia romana se vió nunca en trance tan apurado.

Como no era profano en fisica, sabía que el agua se detendria á cierta altura por la impenetrabilidad del aire y que por consiguiente disponfa aún de regular cantidad de oxígeno; pero la dificultad estaba en mantenerse á flote, hallándose casi extenuado.

Decidido ya á sacrificar su pudor de colegiala (valga la frase, aunque no siempre sea verdad) iba á zabullirse para bucear la ventana y abrirse paso á

En la playa

NUESTRA intimidad nació brusca-
mente, pasadas las frases vul-
gares que impone la cortesía á los viaje-
ros reunidos en la mesa de una fonda.
Después de la comida nos hicimos servir
el café en el corredor, desde donde se
abarca de una ojeada todo el pueblo de
San Mateo con sus casitas polvorientas
alineadas á ambos lados de la carretera;
y allí, como dos camaradas de colegio
que se encuentran después de muchos
años, nos confiamos sin reserva gran
parte de nuestra vida pasada.

¡Caprichos del destino! Yo había co-
nocido á Estela en San José, sin que su
hermosura ni el retraimiento en que vi-

via ni los elogios de que era objeto hubiesen despertado en mi interés ni curiosidad: de improviso el acaso nos pone frente á frente en la mesa de una posada, y desaparece como por encanto la muralla de hielo que nos separaba y brota de nuestros corazones una corriente de mutua y franca simpatía.

Cuando me dijo que iba con su marido á establecerse en California, revelaba su acento más alegría que pesar; pero no era el alborozo pueril del que sueña con las maravillas de un viaje, sino la satisfacción de quien se aleja para siempre de una tierra despiadada que le hartó de amarguras.

Que había sufrido mucho decíanlo claramente la expresión dolorosa de aquellos ojos negros habituados á devorar las lágrimas, la línea severa de su boca, de donde habían huído las sonrisas, y sobre todo la palidez mate de su rostro ovalado como el de una virgen hebrea y nublado por una preocupación profunda. En vano quise por medio de

discretas alusiones inquirir la causa de su tristeza, el único pliegue de aquel ingenuo corazón: ni entonces ni en la jornada de San Mateo á Esparta, que hicimos esa misma noche, pude descubrir indicio alguno de su secreto.

Aún despierta en mi alma emoción dulcísima el recuerdo de aquella poética noche. La luna llena hacía visibles los objetos á larga distancia, y daba á la blanquiza y monótona carretera el aspecto de un río manchado á trechos por las redondas sombras de los árboles. La soledad y el silencio eran profundos: sólo de cuando en cuando blanqueaba una casa á orillas del camino y se oía el ladrido de un perro ó el desapacible chirrido de una fila de carretas que venían del puerto; los arrieros tendidos sobre los fardos levantaban pesadamente la cabeza para vernos pasar, lanzando el conocido *¡gní!* con que avivan la yunta.

Estela cabalgaba á mi lado, y algo rezagado su marido en animada conversa-

ción con dos comerciantes de San José. La nuestra, sin darnos cuenta de ello, fué tomando el carácter confidencial de un coloquio amoroso y dejándonos la certidumbre de que un lazo poderoso unía ya estrechamente nuestros corazones.

Si, yo estaba enamorado de aquella mujer; lo estuve desde que por vez primera fijó en mí sus ojos negros y tristes de niño desamparado y sediento de consuelo; y fué tan vehemente ese afecto nacido pocas horas antes, pero alimentado por el fuego de mis veinticinco años, que mis frases apasionadas salvaron sin respeto el abismo que entre los dos interponía su estado.

Al escucharme pintóse en su rostro una expresión extraña: diríase que era, no el enojo del decoro ofendido ni el disgusto de la esposa honrada, sino la contrariedad de una decepción imprevista. Comprendí, aunque tarde, mi torpeza: había ella tomado mi brusca sinceridad por la vulgar declaración de un

seductor de oficio que repite la lección aprendida de memoria. No contestó una palabra, pero sus miradas llenas de reproches me lo dijeron claramente.

Yo también guardé silencio, menos arrepentido de mi audacia que pesaroso de haber desmerecido en su concepto: sólo cuando llegamos á Esparta á las cuatro de la mañana y nos despedimos para descansar un rato en las habitaciones de la fonda, la dije casi al oído: «perdóneme usted.»



El tren salió á las diez. Estela ocupaba con su marido un asiento fronterero al mío: seria y silenciosa miraba obstinadamente por el ventanillo, jugueteando con las cintas del sombrero que se había quitado á causa del sofocante calor; sus largos y negros bucles derramados sobre los hombros encerraban su rostro en un marco de azabache, y de cuando en cuando los echaba á la espalda, sacu-

diendo con regio ademán la cabeza. Fingiendo dormir para contemplarla más á mi sabor, seguía yo con los ojos entornados todos sus movimientos, sorprendiendo las rápidas y furtivas miradas que me dirigía.

Por largo rato quedóse pensativa, con la mejilla apoyada en la mano, siguiendo distraídamente la vertiginosa carrera de los árboles; luego se reclinó en el respaldo del asiento, sin dejar de mirar hacia afuera; de improviso se incorporó y volviéndose hacia nosotros murmuró con voz agitada: «!el mar!»

El tren se había detenido y una bocanada de aire fresco penetró en el carro. Estábamos en la Chacarita.

∴

La verdosa llanura del mar, rizada levemente por la brisa y salpicada de copos de espuma, parecía inmensa alfombra de hierba sobre la cual se hubiese posado una bandada de palomas

blancas: las arenas de la playa chispeaban como millones de diamantes microscópicos: no hendían el aire vibrante las aves pescadoras, y sólo un alcatraz paseaba el vuelo perezoso sobre las ondas fugitivas que el sol del mediodía tenía de reflejos rojizos.

A lo lejos se divisaba Puntarenas, ávida lengua de un reptil gigantesco; enfrente las islas azuladas, y detrás, como fondo de la decoración, las cordilleras de Nicoya coronadas por una franja uniforme de nubes plumizas.

Un vapor anclado á corta distancia del muelle me hizo palidecer y volverme instantáneamente hacia Estela: ella también lo había divisado, y sus ojos llenos de lágrimas se clavaron en los míos con una expresión que me hizo estremecer de dicha. Un mismo pensamiento nos había asaltado: acaso era aquella embarcación lo que pocas horas después debía separarnos para siempre; mas no pude entonces sentir todo lo abrumador de esa idea, enajenado por la dulce certi-

dumbre que acababa de leer en el fondo de aquellos ojos negros.

Sumido en esa especie de estupor que produce la felicidad inesperada, no eché de ver que habíamos llegado á Puntarenas, sino cuando desde el andén oí la voz del marido de Estela que me decía con tono desesperado:—«Amigo, no ha llegado todavía el vapor; parece que no vendrá sino dentro de una semana.»



Fueron ocho días de inefable ventura, de apasionadas conversaciones por la mañana en el largo balcón de la fonda, de excursiones vespertinas á la Punta y al Cocal, de idílicos paseos en lancha por el Estero, á la luz de la luna. Acompañábanos á todas partes dos señoras de San José, amigas de Estela, dos solteronas flacuchas que habían ido á los baños de mar.

En cuanto al marido, prefería casi siempre quedarse en su habitación; lejos

de mostrarse celoso, como yo fundadamente lo temia, aquel hombro de mirada fosca y pelo hirsuto parecía haberme cobrado gran cariño, como si le hubiese prestado un servicio importante. ¿Sería confianza absoluta en la virtud de su mujer? ¿Acaso vergonzosa tolerancia de una alma depravada, ó falta completa de malicia de un corazón cándido y recto?

Más si *el* no recelaba nada, no sucedía lo mismo con las dos solteronas, cuyas malignas sonrisas y embozadas alusiones revelaban á las claras que estaban al tanto de nuestras relaciones; sólo que en lugar de escandalizarse, se empeñaron en servirnos de *galeotas* de un modo tácito y discreto, con esa simpatía rayana en veneración que sienten por los héroes de aventuras amorosas las personas que nunca las han tenido.

Fueron ellas las que improvisaron un paseo á la Punta la misma tarde que llegó el vapor, la última que debíamos pasar juntos; y como para dejarnos en-

tera libertad, convidaron también, para no ir á nuestro lado, a un empleadillo de aduanas, hospedado en el mismo hotel. El marido de Estela se quedó, pretextando los preparativos del viaje.

..

Sobre la inmensa playa, negra y tersa como una lámina de acero pavonado, proyectaba nuestras sombras alargadas el sol poniente, enorme disco rojo, envuelto en nubes violáceas. A nuestra izquierda se deshacían con sordo hervor las olas, casi tocándonos los pies con sus encajes de espuma; á la derecha, paralelo á la orilla del mar, se dilataba un repecho coronado de verdura; nosotros, encerrados entre aquellas dos líneas interminables y monótonas, caminábamos lentamente, embargados de profunda tristeza.

Sin cambiar palabra nos sentamos en la quilla de un bote abandonado.

Estela se puso á trazar algo en la hú-

meda arena con la punta de la sombrilla; yo, que no apartaba de su rostro los ojos, vi de pronto que á despecho de su fingida calma gruesas lágrimas le surcaban las mejillas.

—Por qué llora usted? le dije conmovido, apoderándome de una de sus manos.

—Por esto, me respondió señalando á la arena, donde al lado de mis iniciales había escrito estas palabras: *á las seis*.

A las seis de la mañana zarparía el vapor; doce horas más tarde estaríamos muy lejos uno de otro, atormentados por el recuerdo de una dicha muerta al nacer, más efímera que aquellos caracteres que en breve lavarían las olas!

Regresamos ya de noche á la ciudad. Estela se apoyaba en mi brazo y su mano descansaba en la mía con amoroso abandono. Como la obscuridad nos obligaba á acercarnos para cruzar nuestras miradas, se confundieron nuestros alientos y ya no pudimos desviar los ojos, encadenados por una fascinación irresis-

tible; nos olvidamos de que nos seguían á corta distancia, nos olvidamos del deber, de todo: y allí, en frente del muelle, á la vista de aquel vapor cuyas móviles luces parecían recordarnos la separación eterna é inevitable, nuestros labios ardorosos se juntaron en un prolongado beso.



Fui á despedirme de ella á las nueve. Habían enviado ya á bordo el equipaje, pero prefirieron quedarse esa noche en el hotel. El marido, alegre y locuaz, estuvo conmigo más amable que de costumbre, haciéndome prometer que iría en la madrugada á acompañarlos hasta el muelle; Estela no dijo una palabra, más al darle las buenas noches sentí que su mano deslizaba en la mía un papel muy plegado.

Un momento después leía yo encerrado en mi habitación estos renglones escritos con lápiz y de letra muy menuda: «Después de lo que entre nosotros ha

pasado, en vísperas de separarnos para no volver á vernos nunca, necesito abrir á Ud. mi corazón; á Ud., la única persona que me tiene algún cariño. Lo diré todo, todo..... La confesión de un moribundo ha de ser sincera, y yo mañana habré muerto para usted.

«Me casé sin amor hace tres años—tenía apenas dieciocho—porque la muerte de mi padre nos dejó á mi hermana Aurelia y á mi sin amparo en el mundo.

«No habiendo amado jamás, acepté el primer partido que se me ofreció, sin comprender la gravedad del paso que daba y figurándome en mi inexperiencia que había tan sólo encontrado un segundo padre en aquel hombre de cuarenta años y de aspecto bondadoso. Y Alberto lo fué en los primeros meses de nuestro matrimonio; pero cambió luego de modales, me trató con dureza sin que yo pudiera explicarme el motivo, y concentró todo su cariño en mi hermana Aurelia. ¡Pobre hermana mía! qué lejos estaba yo de sospechar lo que iba á su-

cedernos!... No tengo valor para referir cómo adquiri, hace apenas un mes, el convencimiento de mi desgracia.

«¡Mi marido había abusado de mi hermana, seducido una niña de diecisiete años! Quise separarme de él; pero me amenazó con llevarse á Aurelia consigo, haciendo pública nuestra deshonra: ella estaba loca, le amaba y le habria seguido sin resistencia. Lo único que pude conseguir á fuerza de lágrimas fué que mi hermana se trasladase á casa de unos parientes lejanos y que nosotros nos marcháramos definitivamente á California, resignándome á vivir con un hombre á quien desprecio.

«¡Y pensar que en el instante de consumir el sacrificio se complace el destino en martirizarme, mostrándome la felicidad cerca, muy cerca!

«¡Amar por primera vez con toda el alma á un hombre delicado y generoso, ser amada ardientemente por él y tener que renunciar para siempre á la dicha de un cariño semejante!

«Se lo ruego, por lo que más ame en el mundo: no vaya mañana al muelle, no vaya por Dios, porque me faltaría valor para partir.

«Ud. hallará sin duda la felicidad en una esposa digna de Ud. y olvidará pronto los días que hemos pasado juntos; yo no tendré en la vida otro consuelo que pensar en ellos y saber que es Ud. dichoso.»



Ese arranque sincero de pasión me produjo un trastorno indecible: hasta media noche estuve paseando agitado á lo largo de la habitación, arrollado por el torbellino de ideas contradictorias y proyectos extravagantes que se atropellaban en mi cerebro; sólo una cosa veía clara en tan horrible caos: llamar al aposento de Estela, arrancarla del lado de aquel infame, y huir con ella al fin del mundo.

¡Cómo nos amaríamos en el retiro de

una casita oculta en las profundidades de la selva, libres de cuidados, absolutamente solos y sin comunicarnos con nadie!

¡Con qué gozo infantil abriríamos al amanecer las ventanas para ver inundarse de luz la alcoba! ¡Cuán agradables pasarían allí los días, ocupada ella en arreglar nuestro nido, yo en estudiar y escribir para hacerme hombre de provecho! ¡Cómo al caer la tarde recorreríamos, abrazados por la cintura, los senderos del bosque, oyendo el canto de los pajarillos y respondiendo á sus gorjeos con nuestros besos!

Súbito, sentí frío en el alma, como si la azotase una ráfaga de nieve: era la realidad brutal que de un soplo derribaba el palacio de naipes de mis románticos ensueños, como ruda mano que borra el paisaje recién pintado, la obra maestra en que fundaba el artista sus esperanzas todas. Una voz irónica gritaba en mi interior: «¿Y tu carrera de ingeniero interrumpida? y tu madre y tu

hermana privadas de su única renta, de lo que ganas con tus lecciones de matemáticas? y el escándalo que matará tu porvenir?»

En vano quise resistirme, protestar: venció el sentimiento práctico de la vida, el escudero egoísta y positivista que acompaña y equilibra al caballero andante que la naturaleza encarnó en nuestro ser.

Me eché sobre el lecho sin desnudarme, y por muchas horas lloré de rabia, de impotencia, de cobardía; maldije la pobreza, las necias preocupaciones sociales, la tontería humana que somete la felicidad, la vida toda, á un vil puñado de dinero; y cuando al amanecer sentí voces y movimiento en la fonda y escuché á poco los pasos de dos personas que bajaban la escalera, no tuve fuerzas para salir á su encuentro y pronunciar la palabra que había de cambiar mi destino.

Renovóse, sin embargo, breve y terrible la lucha interior cuando el vapor

dió los tres silbidos reglamentarios para llamar á los pasajeros; y esta vez, tras larga indecisión, triunfó la pasión ciega, avasalladora, y después de reparar el desorden del traje, corrió al muelle, resuelto á estorbar á todo trance la partida.



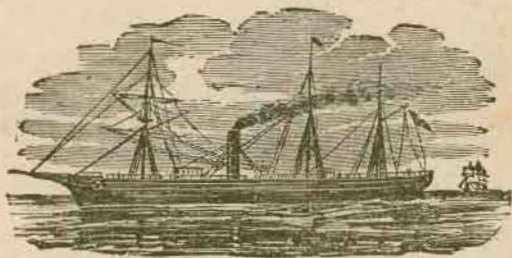
Era demasiado tarde. Rasgando con su mole enorme la ligera niebla matutina, el vapor, recogidas ya las anclas, se alejaba majestuosamente con su penacho de humo bronceado por el sol.

Percibíanse aún los gruñidos de la máquina y el chapoteo frenético de la hélice al azotar las olas entre remolinos de espuma. De pie en la popa un hombre saludaba con el pañuelo; junto á él, una mujer inmóvil como una estatua ocultaba el rostro entre las manos, cual si quisiese apartar de sí una visión dolorosa.

Sentí entonces un gran vacío en el alma; y en mi extravío me pareció reco-

nocer en aquella forma blanca é inmovil, apenas visible ya, la felicidad de toda mi vida, arrebatada para siempre por aquel barco negro que desaparecia lentamente en las inmensidades del Océano.

1894.



El filtro

(PARA LA Juventud Salvadoreña).

ARRELLANADO en los cojines de seda azul de su lecho, acariciando con una mano el puño de su cimitarra cuajada de pedrería y con la otra su lengua barba blanca, el sultán Abdul Mejid se halla sumergido en profundas cavilaciones. De sus labios apretados se escapa un hilo de levisimo y perfumado humo, esbozando en sus espirales delicados contornos de mujer, ora la curva inimitable de una cadera, ya las tentadoras redondeces de un pecho juvenil: y el sultán, con el ceño fruncido, sigue distraídamente con los ojos la caprichosa nubecilla que se va escorzando hasta desvanecerse en el cielo de la alcoba.

—«¡Por Alá!—exclama de repente,

tirando sobre la alfombra la boquilla de ambar de su *narghilé*—¿dónde está la decantada superioridad del hombre, si es impotente para hacerse amar de una mujer? ¿De qué sirven la autoridad y las riquezas si una miserable esclava se atreve á desdeñarlas?»

El monarca volvió á caer en su honda meditación. Tres meses atrás había comprado á unos mercaderes judíos una circasiana de maravillosa belleza, y desde el primer día la amó con ese fuego terrible de las pasiones seniles; pero vanos fueron cuantos esfuerzos intentó para vencer la repugnancia que inspiraba á la doncella. Admea recibía con marcada indiferencia sus obsequios; y sus cejas, que parecían trazadas por el dedo de la noche, se fruncían siempre en presencia de su señor.

Abdul Mejid resolvió pedir consejo á los ulemas Ibrahim, Ali y Mahomed, los tres faros de su imperio, y arrellanado en los cojines de su lecho aguardaba inquieto su llegada.

La puerta se abrió y los tres sabios se prosternaron ante el monarca.

—«Estrellas de la sabiduría, fuentes de la verdad ¿cómo puede penetrar un hombre en el corazón de una mujer que le detesta?»

Los ulemas guardaron silencio.

—¡Cómo—prosiguió Abdul Mejid, por cuya arrugada frente pasó un relámpago de cólera—¿no sois por ventura los depositarios de toda ciencia, los elegidos de Alá, para quienes nada hay oculto ni imposible?»

—Visir supremo, espejo de los creyentes—respondió Ibrahim—es cierto que nosotros poseemos los secretos de la naturaleza y disponemos de sus fuerzas á nuestro antojo; pero las del cielo y de la tierra reunidas no bastan á inclinar la voluntad de una mujer cuando se niega al amor.

—Pues bien—repuso el sultán con terrible sonrisa: exijo de cada uno de voso-

tros un consejo: pero si con vuestra sabiduría no logro captarme el afecto de Admea, os destierro para siempre de mis estados como á viles embaucadores. Habla tú, Ibrahím.

—Señor, si queréis ser amado, amad: mostraos siempre rendido á la beldad que os cautiva, rodeadla de cuanto puede apetecer, no la escatiméis placer alguno, ni fiestas ni joyas ni trajes preciosos. Frecuentemente se entra al templo del amor por dos puertas: la del interés y la de la gratitud.

—¿Y cuánto tiempo es menester para palpar el resultado?

—Un mes.

—¿Y tú que opinas, Alí?

—Visir supremo, la pasión dominante en la mujer no es la codicia, sino la vanidad. Heridla en ella, y la manejaréis con la misma facilidad con que el cornac guía al elefante, clavándole el garfio en la llaga que le abrió en el cuello. Ninguna mujer se resigna á verse postergada á otra.

—¿Cuánto tiempo necesito para ello?

—Ocho días.

—¿Qué me aconsejas tú, Mahomed?

—Señor, yo soy de distinto parecer que mis colegas. Por gratitud podrá una mujer entregarse, pero no amar. En cuanto al consejo de Ali, creo que siendo los celos un efecto del amor, no puede sentirlos quien no ama. Sólo un remedio conozco para vuestra dolencia, un filtro maravilloso á cuya virtud ninguna mujer resiste...

—¿Y produce sus efectos...?

—En un día; mas os advierto que necesito treinta para prepararlo.

—Prepáralo, que entre tanto quiero probar los consejos de tus compañeros.

El sultán despidió á los ulemas y volvió á sumergirse en sus meditaciones.



Durante un mes ardió en fiestas la perla del Bósforo, la imperial Stambul, Eclipsaron en magnificencia á todas las

habidas, y entre la población asombrada corrió de boca en boca el rumor de que el sultán Abdul Mejid las daba en honor de Admea su favorita. Celebráronla los poetas en sus versos, cantáronla los trovadores del barrio de Galata al son de la guzla; para ella trajeron las naves diamantes de la India y perfumes de la Arabia, y buscaron las caravanas las más finas telas de Persia y todas las preciosidades de los bazares de Bagdad. Mas cuando desde la azotea del Serrallo mostró Abdul Mejid á la bella circasiana, engalanada como una diosa, la ciudad resplandeciente que la aclamaba por su soberana; cuando hizo amontonar a sus pies las riquezas traídas para ella desde remotos países, vió fruncirse aun más desdeñosamente el arco de ébano de sus divinas cejas.

Ibrahim fué desterrado.



Terminaron los festejos en la ciudad, pero continuaron en el Serrallo por es-

pacio de ocho días. ¡Oh versatilidad de los favores palaciegos! Admea, abandonada, olvidada por el sultán, vagaba sola por los jardines sin participar de las diversiones. Para la sultana Ouida eran todas las atenciones del omnipotente monarca, y á sus pies pasaba las horas como el más rendido de los amantes. Pero cuando al cabo de una semana fue Abdul Mejid á pasearse con Ouida por los jardines, haciendo á Admea testigo de sus apasionadas demostraciones, vió por primera vez desarrugarse el ceño de la esquivia y resplandecer en su rostro indiferente la augusta serenidad de un cielo sin nubes.

Alí fué desterrado.



Junto á una fuente de jaspe, en cuyo derredor esparcen su aroma las rosas y las azucenas, el sultán Abdul Mejid, enflaquecido y melancólico, sigue con mirada distraída el vuelo de las mariposas

que se ciernen vibrantes sobre los cálices recién abiertos.

Aguarda á un oficial á quien envió á casa de Mahomed en busca del filtro prometido por el sabio.

En torno suyo el aire embalsamado, las cascadas de luz de un sol primaveral, las aves bulliciosas y las plantas lozanas, entonan un himno delirante á la vida; y él, con su faz ajada por el tiempo, su luenga barba blanca y su melancolia, parece un intruso en aquel banquete de la naturaleza.

Volvió por fin el oficial, trayendo un precioso cofrecillo de marfil taraceado de ébano, y la extraña noticia de que Mahomed acababa de partir en un barco extranjero con rumbo á los países de Occidente.

La nueva sorprendió dolorosamente á Abdul Mejid, pues adivinaba la causa de aquel destierro voluntario. ¡Ay! el sabio desconfiaba de la virtud del filtro, y comprendía que iba á sufrir la misma suerte que sus compañeros.

El desgraciado monarca contemplaba perplejo el cofrecillo. ¿Fallaría también aquel último recurso? ¿No lograría jamás el dueño de cien pueblos derretir el hielo de un corazón tan insensible á los halagos como á los desdenes? ¿Qué talismán sería ese que en una hora podía conciliarle el afecto de la mujer amada?

Con mano insegura levantó el sultán la tapa del cofrecillo. Dentro no había más que un papel y en él trazada esta sola palabra:

«JUVENTUD».

Abdul Mejid vió entonces retratarse en la linfa de la fuente su faz arada por el tiempo y su barba de nieve, imagen viva del invierno rechazado por la primavera: sintió que era una nota discordante en el concierto de la vida, y derramó amargas lágrimas mirando las mariposas que huían de los pétalos marchitos para posarse sobre las azucenas en botón y las rosas recién abiertas.

1895.

Zulima



CUÁNTAS veces en las tibias noches de luna, perdidos en la inmensidad del desierto, alejados del aduar cuyas oscuras tiendas semejaban un rebaño de gacelas dormidas, vagábamos reclinado uno en otro, llenando aquellas soledades con el eco de nuestros suspiros y el rumor de nuestros besos! ¡Cuántas, sentados al pie de una palmera, mirábamos al través de su penacho de ramás, combadas y flotantes como colas de corceles, la estrella de nuestros amores, el vívido lucero que habíamos elegido para común confidente en la ausencia!

¿Cómo olvidar las horas de delicioso enenamiento, en que recostada ella en mi pecho volvía hacia mí su moreno rostro y sus ojos negrísimos que convidaban á las caricias?

Aún creo sentir en mi hombro el peso de su preciosa cabeza y en mi mejilla el sedoso aleteo de sus cabellos: creo percibir aún el susurro cadencioso de su voz y el suave gorjeo de su risa, y su imagen me persigue como una obsesión hasta en los devaneos del sueño.

Toda la tribu la adoraba: hija única del jefe muerto, sus deseos eran mandatos y sus órdenes obedecidas como preceptos sagrados. Pero ella no vivía más que para su «nazareno», para el pobre viajero que había ido á buscar en remotas tierras un alivio al tedio que le devoraba.

¿Cuánto tiempo nos amámos? ¿Cuánto duró aquella embriaguez deliciosa que

juzgábamos eterna? ¿Qué motivó nuestra primer querrela, la leve nubecilla que oscureció por un instante el cielo de nuestra ventura? Imposible es recordarlo. ¿Acaso el tiempo existe para los amantes?

Llegó al cabo una triste noche de enero, en que por primera vez me hallé solo en el lugar de la cita. Ante mí se dilataba el desierto como un mar envuelto en la penumbra. El silencio era profundo, y sólo de cuando en cuando se oía el lejano rugido del león, que hacía levantar á los camellos la chata cabeza y revolverse inquietos en torno de las tiendas.

Zulima no llegó; y cuando cansado de esperar me retiré á mi habitación, encontré en desorden mis papeles y comprendí lo sucedido. Zulima había aprendido mi idioma—capricho de mujer enamorada—y esa noche durante mi ausencia sorprendió en mi maleta varias cartas de otra mujer con quien me unieron en otro tiempo poderosos lazos. ¿Qué

pasó en aquella alma virgen y casi salvaje al descubrir mi supuesta traición?



Deseoso de una explicación me levanté al amanecer. El aduar había desaparecido. Ligera nube de arena marcaba en el horizonte la dirección de la tribu. En vano lancé al galope mi corcel, espoléandolo hasta desgarrarle los ijares; al caer la tarde la nube se había disipado, y me fué preciso detenerme en el campamento de una caravana para dar algún respiro á mi pobre caballo. Inútiles fueron al día siguiente mis pesquisas para inquirir el paradero de Zulima: desapareció para siempre como las insubles imágenes de un sueño.

Solo y abrumado por el dolor volví á recorrer la comarca donde en las tibias noches de luna vagábamos reclinado uno en otro. ¡Ay! ya no volveríamos á llenar aquellas soledades con el eco de nuestros suspiros ni con el rumor de

nuestros besos, ni volvería ella á recostar en mi pecho su preciosa cabeza que convidaba á las caricias!

Desapareció como el encantado espejismo de su desierto, como el astro fugitivo que se pierde para siempre en la inmensidad del espacio. Su pobre «nazareno» regresó á las civilizadas regiones de Occidente, llevando en su alma las cenizas de una pasión abrasadora y la nostalgia del país salvaje donde conoció el amor verdadero; pero en medio de las frivolidades sociales, en medio de tanta mentira y de tanta hipocresía, vuelve con frecuencia su pensamiento á aquellos arenales de fuego, á aquella hija del desierto que pasó en la historia de su vida, inundándola de luz y de amor, como brillante meteoro que resplandece un instante en la noche tenebrosa y se pierde para siempre en los abismos de lo infinito.

1892.


La Colina de los dos Amantes (1)

- (1) *Publicóse este cuento en noviembre de 1891, y en enero del año siguiente apareció en la «Revista Ilustrada» de Nueva York otro con el título de la «Abadía de los Amantes»,—evidente plagia del mío. Esta circunstancia me obliga á insertarlo aquí.*

(HISTÓRICO)

«Sul mourut de fatigue, elle
de sa douleur.»

DICIS.

ESDE las suntuosas fiestas con que obsequió á los señores de la comarca el conde de Amfreville, no volvió á resonar en los bosques su trompa de caza ni en los hondos valles el galope de su caballo: encerrado en su castillo de plomizas torres cuadradas pasaba las horas, caviloso y huraño, contemplando desde las almenas el panorama normando que desde allí se descubría, sucesión interminable de praderas mo-

nótonas, cortadas á trechos por cañadas profundas, montículos uniformes, bosques de hayas y laderas cuajadas de frutales.

Nadie atinaba con la causa de su tristeza: quién la atribuía á la ausencia de su hijo Guido que estaba en Palestina combatiendo contra los infieles; quien al desabrimiento con que se despidieron de él, antes de terminar las fiestas, el marqués de Aubigny y el barón de la Guiche, sus amigos más leales y mozos: sólo su hija Alicia hubiera podido revelar el motivo de tan inusitada melancolía.

La vispera de los festejos; cuando ya estaba levantado el rastrillo para recibir á los nobles huéspedes, había dicho el padre á la hija:

«Las fiestas que preparo no son sino un pretexto para que elijas esposo entre los caballeros que aspiran á tu mano. El marqués de Aubigny y el barón de la Guiche son mis mejores amigos. Desairarás á uno, pero no á los dos».

Y la hija había inclinado la cabeza sin protestar; mas al presentar al día siguiente su solicitud los dos rivales, oyeron estupefactos de boca de la misma condesita que «ella había hecho voto de no casarse nunca».

Para desobedecer así la orden del terrible padre, era menester que influyesen razones poderosas en el ánimo de Alicia: inquiriólos el conde cuando estuvieron á solas, y ella sin trepidar, con la fiereza de su raza y la osadía de un corazón enamorado, declaró que tenía un amante..... un plebeyo, un oscuro pechero que correspondía á su pasión con todas las fuerzas de su alma.

En vano exigió el señor de Amfreville el nombre del ladrón de su honra: la joven se negó obstinadamente á revelarlo, no obstante la amenaza de encerrarla en una celda; y el altivo aristócrata hubo de resignarse á devorar en silencio su afrenta y á ocultar en el fondo de su corazón la mancha caída sobre el immaculado blasón de sus abuelos.

*
*
*

Frente por frente de la mansión feudal elevábase en cerro aislado y escarpadísimo, mole de granito festoneada á trechos con girones de hierba y cuyo perfil irregular se dibujaba á la hora del crepúsculo como un animal fantástico sobre el fondo abigarrado del cielo: diríase un aerolito gigantesco enclavado allí para formar contraste con las suaves lomas de las cercanías.

Apenas si los cazadores más atrevidos trepaban hasta la cima por el sinuoso sendero que la ceñía en espiral.

Una tarde en que el conde, inmóvil en la plataforma del castillo, se entregaba como de costumbre á sus cavilaciones, sus ojos se fijaron de repente en la colina y lanzaron vivo destello, como si le hubiese asaltado una idea súbita.

Desapareció como por encanto su preocupación y aquella noche Alicia asombrada le oyó exclamar: «Mañana te casarás con el hombre á quien amas.»

Lo que no advirtió la joven fué el tono espantosamente irónico con que estas palabras fueron pronunciadas.

A la mañana siguiente los vasallos del condado se apiñaban en torno de dos ballesteros que iban pregonando de lugar en lugar algo inaudito, descabellado.

¡El señor de Amfreville prometia solemnemente la mano de su hija á quienquiera que, noble ó plebeyo, en la tarde del día siguiente llevase á cuestas á la condesita hasta la cima del cerro; pero el que emprendiese la ascensión no debía detenerse un punto en la terrible jornada, so pena de ser colgado de la torre más alta de la fortaleza!



Fué una espléndida tarde de otoño. En el firmamento sin nubes resplandecía el sol como un disco de oro en el fondo de un lago azul.

Aunque era la época de las cosechas, el campo estaba silencioso y desierto: en

cambio delante del castillo hormigueaba la multitud, con esa excitación que precede á las grandes solemnidades.

A las cuatro oyóse el toque de un clarín y el puente levadizo bajó pausadamente con un formidable rechinar de cadenas: todas las miradas se clavaron en la puerta, por donde salía una extraña comitiva.

El conde de Amfreville, armado de punta en blanco y rodeado de arqueros y de pajes, llevaba á su lado á Alicia, que en vano trataba de reprimir las lágrimas.

Al llegar á un estrado erigido en la falda del abrupto cerro, las trompetas lanzaron de nuevo sus agudas notas y la muchedumbre enmudeció.

En medio de aquel silencio solemne resonó de pronto la voz del viejo conde, aquella voz que hacía temblar á los más osados:

«¿Hay alguno que quiera escalar la colina y ponerse á prueba?»

Hubo un momento de hesitación en

el gentío: todos los mozos miraban alternativamente á Alicia y el enhiesto cerro; cual si comparasen el valor del premio ofrecido con las dificultades de la conquista; pero casi inmediatamente una voz juvenil y vibrante respondió:

—¡Yo!

Y del grupo más inmediato al estrado salió un joven de veinticinco años, vestido con el traje clásico de los trovadores provenzales. Era él, el amante de Alicia. Así lo comprendió el viejo conde, y desdeñoso, con la mano trémula en el puño de la espada, le dijo:

—¿Vos?

—Yo—contestó el bardo sin bajar los ojos.

—¿Sois noble?

—Soy poeta.

La ira brilló un segundo en las pupilas del conde, pero dominándose añadió:

—Está bien—andad.

∴

El desconocido comenzó la ascensión,

llevando á la espalda su preciosa carga.

La condesita lagrimaba en silencio y su llanto iba cayendo gota á gota sobre los robustos puños que oprimían sus manos delicadas. La multitud conmovida atendía sin pestañear al sublime sacrificio; el conde ceñudo, terrible, miraba también.

Apostados á lo largo del sendero se hallaban los arqueros y ballesteros del castillo para hacer cumplir la orden terminante de su amo é impedir que la víctima se detuviese en su marcha.

Con la frente alta, el paso firme y la respiración reposada, el trovador subía, subía sin detenerse, desapareciendo á intervalos en los recodos del camino y reapareciendo á poco, siempre sereno y fuerte. Todos los corazones se tunaban en su favor.



¿Quién era aquel audaz mancebo?
Nadie lo sabía. Tres meses atrás había

llegado á la comarca con el laúd á la espalda, cautivando á todos con el mágico poder de sus canciones. El castellano de Amfreville le recibió varias veces en sus salones, los nobles de toda la Normandía se disputaban el honor de agasajarle; pero el bardo parecía haber renunciado á la vida vagabunda, pues no volvió á apartarse de las inmediaciones del condado. ¿Qué lazos le retenían en el país? Esto fué lo que averiguaron aquella tarde los vasallos del conde, lo que todos se comunicaban en voz baja: el misterioso trovador era el amante de la condesita de Amfreville.



La ansiedad del gentío era extraordinaria. Vencería el joven en la difícil prueba? ¿Sucumbiría en el camino? Había ya recorrido la mitad, pero le faltaba lo más escabroso y pendiente. No daba, sin embargo, muestras de cansancio: bien es verdad que le infundían

nuevos bríos aquellos sedosos rizos que azotaban su mejilla, aquellas lágrimas que caían sobre sus manos y aquella voz dulcísima que sin cesar repetía á su oído: «¡Ánimo, Raul mío!»

Llegaré, Alicia, llegaré, respondía el joven lleno de ardor ¡mas ¡ay! en breve gruesas gotas de sudor rodaron por su frente, cuyas venas se hincharon como si fueran á romperse, y jadeante respiración entreabrió sus labios descoloridos.

El sol desaparecía ya del horizonte. El ocaso semejaba un mar de oro recostado en lecho de coral, con islotes plomizos y grumos de púrpura. Por los valles avanzaban lentamente las sombra del crepúsculo; las cumbres de las montañas y las crestas de los cerros estaban aún teñidas de luz suave y rosada.

La multitud apiñada en la falda del cerro sólo distinguía á los arqueros inmóviles, apostados de trecho en trecho. El trovador con su preciosa cruz había desaparecido en una revuelta del cami-

no; pero aquel breve recodo era el último, y una vez pasado se llegaba á la cima!

La angustia se pintaba en todos los semblantes: pasaban los minutos y los amantes no aparecían. Nadie respiraba: muchos vertían lágrimas: todos sentían ese espeluznamiento que se experimenta en las situaciones trágicas.



De improviso resonó un grito unánime, formidable, salido de mil bocas, y estalló al pie del cerro un aplauso atronador. ¡El obscuro plebeyo, el bardo vagabundo acababa de conquistar la mano de la condesita de Amfreville!

Los espectadores le vieron llegar casi arrastrando, poner el pie en la cima, soltar la carga adorable que cayó á sus pies inerte, erguirse luego triunfante en un arranque supremo; iluminado por los últimos destellos del día, y luego vacilar como un beodo, y por fin desplo-

marse como herido del rayo al lado de su amada en el momento en que la luz se borraba en la azulada cumbre de la colina.



Ya de noche desfilaron dos lúgubres cortêjos delante del castillo: el que entró en la fortaleza conducía á la condesita todavía desmayada; el que se alejó llevaba el cadáver del trovador desconocido, bañado en la sangre que arrojó de la boca cuando un postrer esfuerzo ocasionó la ruptura de los vasos del pecho.



Alicia estaba gravemente enferma. Murmurábase en el condado que había perdido la razón.

Un mes después las campanas tocaron á muerto y en el castillo resonaron gritos de dolor..... La condesita había volado en alas de la muerte á reunirse con

su amante en la región misteriosa de las
almas!



Los viajeros que recorren hoy el norte de Francia y se detienen en Amfreville-sous-les-Monts, no pueden menos de fijarse en un cerro escueto que forma raro contraste con los verdes collados de las cercanías. En todo el país se conoce con el nombre de la *Colina de los Dos Amantes* á causa de una dulce novela de amor que halló trágico desenlace en su cima.

1889.



El do de...

IMPOSIBLE tolerar por más tiempo semejante desvergüenza.—¡Bonito era él para aguantar cosquillas de nadie y permitir que requebrasen en sus barbas á la dama de sus pensamientos! Aquella era la cuarta vez que sorprendía á la incomparable tiple dejándose piropear por el segundo tenor, mequetrefe de bigotillo engomado, tupè en cepillo y cutis adobado con menjuyes como el de una damisela; y lo peor del caso era que esta vez la cosa iba de veras, pues á los inocentes chicoleos sucedieron promesas formales, proyectos color de rosa para cuando él fuese primer tenor, en fin, serias tentativas para suplantar al dichoso mortal que por tan-

to tiempo había usufructuado quieta y pacíficamente tan envidiables dominios.

¿Cómo no había ahogado entre sus férreos puños á los infames, cuando detrás de un bastidor oyó sus alarmantes coloquios antes del tercer acto de *Hernani!*

¿Cómo había conseguido dominarse, él, el baritono irascible ante quien temblaba hasta el mismo empresario, y cuyas botas habían dejado indelebles recuerdos en las carnosidades de no pocos coristas! ¡Ay! era que aquella endiablada Marieta, de quien decía un revistero soso que tenía una jaula de ruiseñores en la garganta, aquella niña mimada del público, por la cual bebían los vientos todos los gomosos josefinos, aquella *diva* enloquecedora le había amado sinceramente, hechizándole cada día más, sin darle el menor disgusto en dos años de vida casi marital. Por eso le faltaba valor para echar por el atajo y hacer una barrabasada.

Si sólo de desfogar la rabia se tratase, nada más fácil y ejecutivo que retorcer

el pescuezo al petímetro; mas la violencia habria de fijo acrecentado el despego ya demasiado visible de la tiple, y él, Perales, el barítono más aplaudido en los teatros americanos, deseaba ante todo reconquistar el amor de su Marieta, sin arriesgar su reputación en un escándalo mayúsculo. Peor si cabe era provocar un lance con un tenorcillo que en su vida habia cogido una arma fuera del teatro y á quien hacían temblar los disparos de mentirijillas que se hacen en la escena.

No quedaba sino armarse de paciencia y acechar una coyuntura favorable para vengarse del presumido galán y volver al redil á la descarriada artista.



Ya cuidadosamente afeitado y muy atareado en rizarse las guias del bigote se hallaba una mañana el segundo tenor, cuando recibió una esquila del empresario, en la cual le citaba para las

doce en su despacho. Ya se comprende con cuanta ansiedad esperaría la hora señalada y qué de conjeturas haría sobre tan inusitada invitación; así fué que al sonar la primera campanada de las doce llamaba á la puerta de su jefe.

—Amigo Aniceto, dijo éste señalándole un asiento y jugueteando con la cadena de oro que caía sobre su enorme vientre: desde el principio de la temporada me ha parecido usted un chico despejado y de porvenir, que así serviría para un barrido como para un fregado. El público le estima, y en la prensa de este país goza usted de algún renombre, sobre todo desde aquel artículo que puso término á la acalorada polémica sobre si en el *foyer* debían los hombres estar con el sombrero calado ó descubierto. Como artista tiene usted buena mímica, pero escasa voz; y ya usted sabe que aquí aplauden al que grita más, y que de un tenor sólo exigen que muja como un toro y que dé el *do de pecho*. Si usted lograra esforzar la voz... vamos,

que acaso le daría la plaza del primer tenor, que nos abandona dentro de ocho días.

—Si no es más que eso, repuso Aniceto encarnado como un pavo y temblando de emoción, puede usted dármela desde luego. Hace días me ejercito en las notas altas y estoy seguro de atacarlas con limpieza.

Y uniendo la acción á la palabra, lanzó un do agudo y vibrante después de recorrer toda la gama con agilidad pasmosa.

—¡Bravo! exclamó el empresario lleno de júbilo: es usted el hombre que necesito. Puede usted contar con dicha plaza.

Saltando de contento volvió Aniceto á su cuartucho de la fonda, y acto continuo envió á Marieta este billete: *«Querida: desde la próxima semana soy primer tenor de la compañía. Mi porvenir está asegurado. Ahora si puedo arruncarte de las garvas del ogro. Tu enamorado—Aniceto.»*

Lo malo fué que el camarero encargado de llevar la misiva no conocía al apuntador, confidente de aquellos amores, y el billete cayó en manos del *ogro*, quien se lo guardó en el bolsillo, lanzando un ¡hum! que nada de tranquilizador tenía para las costillas del Gayarre en cierne.

En los ocho días que precedieron al estreno del afortunado tenorio, la culpable pareja no tuvo ocasión de verse sin testigos, gracias á la exquisita vigilancia de que la rodeó el terrible barítono; bien es verdad que Aniceto tampoco lo procuró con grande empeño, preocupado como estaba con los ensayos y con las encontradas opiniones de la prensa, que en general no recibió con mucho agrado la sustitución anunciada por el empresario.

Había éste señalado para la prueba la famosa ópera de Gounod, *Rausto*, y ya varios periódicos manifestaban sin rebozo que Aniceto no era capaz de cantar como su antecesor la *cavatina* del tercer

acto, ni de dar con la misma seguridad el do agudo que dicha *caratma* constituye la delicia del público.

Tres días antes de la cacareada representación apareció en uno de los diarios que se mostraban más hostiles, un comunicado concebido en estos términos: «*Un caballero cuyo nombre saldrá á luz cuando convenga, apuesta formalmente doscientos pesos contra cincuenta á que el presunto tenor Aniceto Corchea no dará el do de pecho la noche de su estreno, P.*»

Al día siguiente otro periódico reprodujo la gacetilla con esta lacónica respuesta al pie: «*Aceptado, Aniceto Corchea.*»



Extraordinaria concurrencia invadió aquella noche el teatro.

El primer acto salió bien, reteniéndolo, no obstante la glacial acogida dispensada por el público al audaz mozalbete. Sin desalentarse por eso, nuestro héroe lu-

chó en el segundo á brazo partido con la indiferencia del auditorio y hasta logró arrancarle una que otra vergonzosa muestra de aprobación. Los espectadores aguardaban sin duda al tercer acto para dictar su fallo.

Si en el segundo intermedio no hubiera estado Aniceto tan preocupado con aquella dichosa *carolina* que iba á decidir de su suerte, habría podido notar que detrás de un montón de decoraciones arrumbadas, el baritono Perales sostenía en voz baja animada conversación con un tramoyista, especie de oso alpino, barbudo y corpulento, que figuraba en la comparsa las rarísimas veces que no estaba borracho como una cuba.



Llegó por fin el tercer acto, tan deseado del público, cuya curiosidad había excitado la singular apuesta, tan temido de Aniceto, no precisamente por la nota fatal, pues estaba seguro de dar-

la, sino por el recelo de no agradar tanto como su antecesor.

Llegó también la *cavatina*..... Aniceto, vacilante al principio, fué poco á poco enardeciéndose y echando ánimos, atacó con limpieza las notas altas, y por último, en el supremo instante de lanzar el do..... salió de entre bastidores un comparsa tambaleándose, un gigante disfrazado de cervecero alemán, y atizando al infeliz Aniceto un tremendo bofetón que lo hizo caer de espaldas sobre la concha del apuntador, gritó con voz aguardentosa:

¡Toma do de pecho, renacuajo!

..

Dos días después registraba un periódico la gacetilla siguiente: «*Aunque el tenor Aniceto Corchea hizo ayer la del humo, abandonando furtivamente esta capital, debemos hacer constar que perdió la apuesta consabida. Se había comprometido á dar el do de pecho, y dió lo que ningún tenor había soñado nunca: el DO..... DE ESPALDAS.*»

Amigos

ME conocí en su preciosa quinta, situada en los alrededores de Cartago—verdadero nido de artista, oculto en un bosque de naranjos y limoneros.

No era el pintor adocenado que pasa inadvertido entre las multitudes: era el orgullo de su patria, el maestro discutido en las academias y adorado de sus discípulos. Nadie sabía como él encontrar en la paleta la encarnación palpitante, el color lleno de vida, la luz y la sombra; ni pincel alguno aventajó al suyo en la línea vigorosa, en el toque magistral que como por encanto transforma una fisonomía anodina en un rostro rebosante de pasión.

Era feliz, es decir, estaba contento de sí y de los demás. Rico suficientemente, joven de hermosa presencia, casado con una morena lindísima y cariñosa, aplaudido y envidiado, lo tenía todo: dinero, salud, amor y gloria.

Sorprendiéronme la universalidad de sus conocimientos y la rareza de sus ideas, si bien no hacía alarde de los primeros ni llevaba hasta la extravagancia las segundas. Su conversación no tenía nada de común con la charla instantánea y campanillesca del que habla por el placer de escucharse á sí mismo: sencilla, profunda y amena, instruía y deleitaba.

Fuera de los goces del hogar y de la amistad, sus diversiones favoritas eran la música y la caza. «Hay que dar gusto al espíritu y al cuerpo», decía sonriendo.

El día de mi primer visita me obligó á acompañarle á la mesa. Después de una comida íntima, á la cual no asistimos más personas extrañas que el pianista B. y yo, mientras éste ejecutaba

con maravilloso gusto varios trozos clásicos, el pintor y su mujer departían amigablemente conmigo en un rincón de la sala, apurando sendas tazas de excelente café.:

Llevado de mis aficiones, hice recaer la conversación sobre la enseñanza.

—«Creo, me dijo mi amable huésped, que la educación nacional está desquiciada: se prepara á los jóvenes exclusivamente para que adquieran dinero; se les pone por delante el cuadro de la riqueza con sus mil atractivos, como el único objetivo de la vida; se les dice: «estudiad, no para haceros mejores, sino para alcanzar una profesión que os haga ricos». De ahí generaciones escépticas, codiciosas, desesperadas, que todo lo sacrifican, aún la conciencia, ante el becerro de oro; de ahí la desaparición gradual de la honradez, las estafas, los crímenes; de ahí, no lo dude usted, el socialismo y el anarquismo».

—Mas la lucha por la existencia...

—Palabras, amigo mío, palabras con

que se disculpan hoy los abusos de la fuerza, las expoliaciones inicuas, los atentados contra la propiedad, todos los apetitos de la bestia humana que hipócrita pretende aspirar sólo á vivir, cuando lo que en realidad quiere es hartarse de placeres sensuales.

—El progreso...

—El progreso... Sé que va usted á acusarme de retrógrado, de oscurantista, de lechuza de convento; pero ¿qué quiere usted? creo que ese rumbo peligroso de nuestra educación, tiene por causa el progreso. ¿A qué tiende éste? A disminuir el trabajo y el dolor humano; á multiplicar las comodidades y los goces, cosas todas que cuestan mucho dinero. ¿Qué debe entonces preocupar á la juventud? La manera de adquirirlo á todo trance.»

Habiéndose alejado su esposa para dar conversación al pianista que había ya dejado de tocar, hablamos de mujeres. «He hallado lo que buscaba—me dijo con sencillez: las aventuras de solte-

ro me divertían sin hacerme feliz. Ahora lo soy con el amor de mi mujer. Tengo, además, gran número de amigos; pero aquí, entre los dos... y á usted puedo decírselo sin que se resienta, pues nos acabamos de conocer—no creo en la amistad de los que me la cacarean todos los días. Sólo dos me quieren de veras: B., para quien he sido más que un hermano, un padre, y mi fiel *Negro*—dijo señalándome un magnífico terranova, lanudo y crespo, que echado cerca de nosotros, con el hocico sobre las patas delanteras, miraba atenta y cariñosamente á su amo;—«y aun en éste hay su poquito de interés», agregó sonriendo y acariciando sobre sus rodillas la cabezota del perro, que se había acercado creyendo que le llamaban: «pero es tan agradecido, que pienso como Schopenhauer que el hombre sería muy desgraciado si no existiese el perro.»

Volví á verla otras dos veces, por la misma época. Luego el torbellino de la vida nos separó, llevándole á él por lejanas tierras en busca de ambiente más adecuado á su genio, y á mí al fondo de una provincia, donde consagrado á mis faenas profesionales, recluido como un cartujo, viví sin noticias por espacio de cuatro años. Deseoso, al fin, de volver á la capital, estuve en ella ocho días visitando las casas de alquiler, sin hallar una que me conviniera. Ya desesperaba de encontrarla, cuando una tarde se presentó una anciana á ofrecerme la suya en arrendamiento. «Le conviene á usted —me dijo: sólo que no podré entregarla inmediatamente, pues la alquilé no ha mucho á un pobre señor sin familia; tan enfermo, que según el médico no tardará tres días en morirse.» Me refirió en seguida todas las miserias de su inquilino moribundo, su carencia absoluta de recursos, la compasión que la había inspirado su abandono; mas al escuchar su nombre no pude dar crédito á mis oídos.

¡Él, el pintor mimado, el hombre feliz de otro tiempo! ¿Y por qué no? ¿Acaso no son tan comunes en la vida espantosas bromas del destino?

Pálido, conmovido; corrí guiado por la buena vieja, á la casa donde agonizaba el artista.



Allí estaba, sobre fementido lecho, en un cuarto destartado sin más muebles que dos sillas de enea y un cajón cubierto de frascos.

Me reconoció al punto: quiso incorporarse, mas no se lo permitió su extrema debilidad. La buena vieja no se había equivocado: el pintor estaba ya en la agonía, la tisis había devorado aquellos músculos vigorosos, convirtiendo en una sombra al joven robusto de otro tiempo. Halló, sin embargo, en su excitación febril, fuerzas suficientes para relatar-me, entre largos accesos de tos, la espantosa cadena de sus desventuras.

El mejor amigo, el casi hermano,

aquel que se lo debía todo, carrera, dinero y posición, había seducido á su esposa y huído con ella quién sabe á dónde, lanzando bruscamente al artista desde el paraíso en que vivía al infierno de la desesperación. No volvió á coger los pinceles; vino el desaliento, luego el vicio.

El pintor rodó hasta los últimos pedaos de la miseria y arrastró por tabernas y lupanares los sangrientos giros de su pobre corazón. Los cuadros desfilaron uno tras otro por los escaparates de las prenderías; el público le olvidó poco á poco; los amigos desaparecieron como bandada de gorriones cuando han devorado el grano; los discípulos discutieron su mérito y le hallaron sin genio; luego le censuraron acerbamente y se empeñaron en probar que nada le debían y que no habían seguido sus enseñanzas. «Y sin embargo—concluyó el moribundo con voz anhelante y ronca:—vea usted lo que son las cosas; cuando oigo decir que algunos de ellos ha adqui-

rido celebridad en el mundo artístico, me enorgullezco y me atribuyo mi parte de gloria, aunque el ingrato me la regatee.»

Después de un rato de postración, continuó asiéndome la mano: «todos los que amé, al cabo me pagaron con ingratitude. ¡Dios mío! ¿les pasará así á todos los hombres?..... Al morir no veo cerca de mí sino á una mujer que apenas conozco y á un hombre que nada me debe, y luego haga usted bien, prodigue, cariño, dinero, favores..... ¡Ah! ¡pero usted está en el magisterio y debe saberlo mejor que yo».....

..

Murió á las cuatro de la madrugada. Nunca olvidaré el triste cuadro.

Sobre el rostro afilado del cadáver la claridad dudosa del alba; los rincones de la estancia envueltos aún en medrosa oscuridad; á los pies del lecho la anciana arrodillada mascullando una ora-

ción: en el patiecillo el chapoteo del chorro de una fuente como la monótona salmodía de un canto fúnebre, único ruido que venía á turbar el majestuoso silencio de la muerte.

Pensé entonces en la fragilidad de la dicha, en la aparente bondad de tantos corazones repletos de cieno, en la infamia de algunas esposas y la ingratitud de muchos amigos.....

Y de mis meditaciones vino á distraerme un bulto negro que se acercó al cadáver. Era *Negro*, el perro, el único amigo fiel, que iba á llevar á su amo al postrer homenaje de su cariño, lamiendo pausadamente aquella mano descarnada, casi trasparente, que colgaba al borde del lecho.

1896.

FIN

ERRATAS PRINCIPALES

<u>Página</u>	<u>Línea</u>	<u>Dice</u>	<u>Léase</u>
130	2	en	un
147	2	que dicha	que en dicha
17	3	tan comunes	comunes
157	4	espantosas	tan espantosas

ÍNDICE

	<u>PÁG.</u>
AL LECTOR	5
LILY	7 x
DE CAZA	<u>25</u>
POR UN ZAPATO	39
EL GUARDAPELO	55
BAÑO TRÁGICO	69 x
POR CULPA DE UN CAJISTA	81
EN LA PLAYA	91
<u>EL FILTRO</u>	<u>111</u>
ZULIMA	121
LA COLINA DE LOS DOS AMANTES	127 y
EL DO DE.....	141
AMIGOS	151